

Cualquier cosa, menos quietos

universo **centro**

Número 105 - Marzo de 2019 - Distribución gratuita www.universocentro.com



PENSAR LA CRÓNICA ROJA

Ciudad:
La sombra del soldado se alarga
Sobre los adoquines
José Manuel Arango

En Medellín las propuestas sobre seguridad han marcado buena parte de las últimas campañas electorales. La promesa se repite y aparecen las cámaras de vigilancia, el aumento del pie de fuerza, el helicóptero que sobrevuela. Pero al parecer las dinámicas de violencia en la ciudad no obedecen al número de cámaras de seguridad ni al discurso retador a la delincuencia ni a la captura de cabecillas listados en los organigramas de la policía. Las causas son variables en cada territorio, muchas veces inmunes a los esfuerzos oficiales y casi siempre ligadas a la estabilidad del control ilegal en los barrios.

La extorsión ya casi abarca la ciudad completa. Un estudio hecho entre 2014 y 2015 por la Secretaría de Seguridad en 247 barrios y 61 veredas mostró que en 80% de los territorios visitados se hacen cobros extorsivos. La práctica comenzó a finales de los ochenta con la consolidación de las milicias en algunas comunas de la ciudad, lo llamaban impuesto de guerra, “para mantener el barrio limpio”, y lo cobraban sobre todo al sector formal. Luego los paras y más tarde las bacrim fueron ampliando el control, las modalidades de cobro y las puertas en las que se cobra el “tributo”. Los combos se hacen cargo de la logística. Los más jóvenes pasan cobrando el aporte “voluntario” por seguridad. Se hacen rifas forzadas, se venden productos forzados, se cobra por mirar peleas de vecinos, se imponen multas por violencia intrafamiliar, se consolidan monopolios para la venta de arepas y huevos en las tiendas. Hay que pagar por la seguridad del carro o la moto, por la reforma de una casa, por tener un perro... Una violencia soterrada recorre los barrios, advierte, señala, demarca, intenta mostrar una cara cívica mientras impone un orden que al final promete el destierro o la muerte.

En 2015 la ciudad tuvo la cifra de homicidios más baja en los últimos cuarenta años. Desde ese año Medellín no aparece en la lista de las cincuenta ciudades más asesinas del planeta, pero llevamos tres años consecutivos con homicidios al alza (al parecer vamos para el cuarto con 15% de aumento en el primer trimestre de este año) y la presencia de organizaciones delincuenciales de alcance nacional recorre los bordes de la ciudad y nos convierte en una especie de *cluster* ilegal. Medellín recibe los espasmos de una guerra mafiosa en el Bajo Cauca, Urabá y el Nordeste, y sufre sus propios temblores por rentas y dominios menores en los barrios. En ocasiones esos pleitos mayores y menores se cruzan, se alimentan, se confunden.

Solo una discusión más compleja e informada sobre nuestra violencia hará tangible una mayor posibilidad de exigir como ciudadanos, de pensar aportes más allá de las administraciones, de reconocer avances y señalar estancamientos y retrocesos. En *Universo Centro* queremos aportar a ese diálogo un poco más allá de la exaltación, los llamados al linchamiento o el silencio que deja la impotencia. “Pensar la crónica roja” será un foro de dos días y nueve charlas sobre homicidio y crimen organizado en Medellín y otras ciudades colombianas. A continuación, una pequeña muestra de tres lentes para que se animen al diálogo que tendremos el 10 y 11 de abril en la Universidad Eafit y la Biblioteca Pública Piloto.

Las cincuenta ciudades más violentas del mundo

México tiene su peor momento dentro del *ranking* en los últimos diez años. Tijuana repitió en 2018 como la ciudad (con más de 300 000 habitantes) con la más alta tasa de homicidios del mundo. México tiene 15 en el listado general, en 2015 tenía 5, y por primera vez en nueve años superó a Brasil en ese triste liderato. De las 5 ciudades más violentas, 4 son mexicanas: Tijuana (138/100 000 habitantes), Acapulco, Juárez y Victoria (87/100 000 habitantes). Brasil tiene 14 en el listado de 50 y Estados Unidos aporta 4 (Saint Louis, Baltimore, Detroit y New Orleans), dos de ellas con una tasa igual que las dos colombianas que figuran en la lista: Palmira en el puesto 27 y Cali en el 31. La buena noticia del año para Colombia fue que Cúcuta salió del grupo. Caracas, con grandes vacíos en los datos, es tercera con una tasa de 100 homicidios por 100 000 habitantes. Para hacerse una idea, Medellín cerró el año pasado con una tasa de 24,75/100 000 habitantes, lejos de New Orleans que cerró el registro de 50 con 36,87 homicidios por 100 000 habitantes.

Medellín 2019

Los tres primeros meses del año han presentado más homicidios frente al mismo periodo del año anterior. El aumento de asesinatos ya roza el 15% y el occidente de la ciudad acumula el mayor porcentaje de casos. Altavista (14), San Cristóbal (11), Robledo (15), La América (17) y San Javier (12) concentran más de la mitad de los homicidios y en la mayoría de los casos aumentos mayores al 100% respecto al primer trimestre de 2018. Los homicidios de mujeres continuaron bajando, algo más de 30% el año pasado y 33% este año, donde se han presentado 6 casos. Solo 6 territorios de los 20 que suman comunas y corregimientos han disminuido el número de homicidios

en lo corrido de 2019. La violencia sigue variando según pequeños pactos entre bandas u órdenes más claras desde los grandes jefes delincuenciales, al menos 13 de las 21 grandes empresas criminales tienen presencia en Medellín.

El Centro de la ciudad

El Centro de Medellín es desde hace décadas la comuna que más suma homicidios en la ciudad. Es lógico dado su tamaño y el millón doscientas mil personas que lo transitan todos los días. Pero 2019 parece marcar un hito contra esa lógica. En los primeros tres meses del año se han presentado casi los mismos homicidios en Altavista, un corregimiento con 18 000 habitantes, que en el Centro, la llamada Comuna 10. La América tiene más homicidios que el Centro y Robledo y Belén están muy cerca. La Comuna 10 o La Candelaria completó casi 40 días sin homicidios, el mayor periodo desde que el Sistema de Información para la Seguridad y la Convivencia (SISC) comenzó a entregar cifras en 2003. En el Centro se presentaron 103 homicidios en 2017 y 108 en 2018, eso constituye cerca del 17% del total de muertes violentas en la ciudad. Este año van 15 homicidios en el Centro, un poco más de la mitad de los sucedidos en los tres primeros meses del 2018 y menos del 10% del total de la ciudad hasta el 31 de marzo. Algo está pasando en el Centro, un desplazamiento de la violencia, un “enérgico” control ilegal, una efectiva vigilancia en los puntos críticos (Villanueva, Estación Villa, Prado, Barrio Colón), una atención distinta a los habitantes de calle que son víctimas recurrentes en la zona? A diferencia de lo que ocurre en el resto de la ciudad, las muertes en el Centro son provocadas en su mayoría por armas cortopunzantes (67%). Una señal de las riñas como factor clave de las muertes en el Centro y de las mañas de los combos para disfrazar sus crímenes selectivos de casualidades colectivas. Según fuentes oficiales, tres casos fueron producto de riñas, dos por reacción a hurtos, uno en procedimiento de la Fuerza Pública y uno más “asociado a Grupos Armados Organizados”.

La violencia, a pesar de ser tema permanente en las calles y esporádico en los medios, poco se trata de una manera profunda e informada en espacios abiertos a toda la ciudadanía. Medellín tiene que hacerse sus preguntas más difíciles en escenarios públicos, oír a quienes han investigado nuestra historia reciente de ilegalidad. Para no dejar que los temas más relevantes sean solo comidilla de los periódicos que ruedan en taxis y cafeterías, invitamos a estos dos días de reflexión sobre causas, escenarios, acuerdos, intentos institucionales, fracasos e historias de ficción alrededor de los homicidios que se cometen en nuestras calles. ©

Nada de esta crónica salió como lo había concebido en un principio. En el proceso ella misma fue imponiendo su camino hasta quedar así, como la están empezando a leer. O sea, como debía salir.

En primer lugar lo que quería era entrevistar a Elsa, la reina de *Frozen*, y terminé entrevistando a Ladybug. En segundo lugar había concebido la idea de mostrar el universo luminoso y alado que habitan las princesas, en contraste con la realidad en un país donde la inflación ha llegado al 59 por ciento en un año, y donde la mayoría de la gente tiene dificultades para llegar a fin de mes. Pero las princesas no me ofrecieron el desesperado material que imaginé porque, aunque también viven la realidad en carne propia, no estaban rabiosas ni deprimidas ni amargadas.

A la reina Elsa la vi en persona por primera y única vez el sábado 16 de marzo en un castillo de la calle Necochea en el barrio La Boca. A eso de las siete de la noche la puerta principal cayó sostenida por las cadenas laterales y entre una explosión de luces multicolores y al ritmo de una música tocada por trompetistas invisibles, surgió ella: erguida, magnánima, el traje de seda azul, el pelo recogido en una gruesa trenza blanca y rematado por una coronita que me pareció muy pequeña para tanta majestuosidad, dando pasos lentos y firmes frente a la concurrencia que esperaba un acto extraordinario aunque no de esa magnitud. Pero sobre todo ante el asombro de Lucía Nader Guzmán que se quedó congelada, la totalidad de su sistema nervioso de cinco años obnubilado por la impresión de una realidad que apenas había imaginado tocar con su imaginación ya de por sí desbordada. Fue tanto el impacto del momento que ni Lucía ni nadie más pareció notar el hecho aun más insólito de que Elsa viniera acompañada por alguien que nada tenía que ver con ella: Ladybug.

—¿Oh, pero dónde estamos?, ¿a qué mundo extraño hemos llegado? —le preguntó la reina a Ladybug, mirando a todos lados—. ¿Estará aquí Lucía, a quien estamos buscando para saludarla en su cumpleaños?

—¡Sí! —gritaron los niños. Lucía, la boca y los ojos abiertos a tope, no atinaba palabra ni movimiento. Elsa preguntó si alguien la había visto y todos los niños la señalaron. La reina la atrajo hacia sí con un gesto amoroso y Lucía se dejó llevar con una mezcla de tensión y desmadrado, las pupilas brillantes y fijas en la cara de la reina increíble. Elsa empezó a contar la historia de una princesa solitaria, atribulada por su propio poder debido a una maldición que solo podría contrarrestar el amor. La atención de los adultos se fue centrando cada vez menos en sus hijos y cada vez más en las desventuras contadas con tanta verdad, y cuando menos pensamos todos estábamos absortos en su universo de hielo, sabiendo una gélida montaña con la princesa Anna, el rústico Kristoff y Ladybug, que había accedido para ayudarlos a luchar contra todos los obstáculos, hasta el momento climático en que Elsa empezó a cantar sola y luego acompañada por los niños y después por los padres y hasta por los

Entrevista con la princesa



empleados de la sala de eventos, todos entonando a voz en cuello una melodía que nos sacó por un instante de este mundo desprincesado:

Libre soy, libre soy
No puedo ocultarlo más
Libre soy, libre soy
Libertad sin vuelta atrás
Qué más da, no me importa ya
Gran tormenta habrá
El frío es parte también de mí.

Los padres de Lucía —Mauricio Nader, un colombiano que lleva diez años en Buenos Aires y trabaja como paseador de perros, y Soledad Guzmán, argentina y profesora de yoga— estaban felices y consideraban justificado el sacrificio de haberse gastado casi treinta mil pesos (el salario mínimo mensual en Argentina en 2019 es de 12 500 pesos) solo por el brillo de los ojos y la sonrisa inolvidable de su hija.

—Como ella estuvo tan feliz no es tan caro. Si algo hubiera salido mal hubiera sido carísimo —comentó Mauricio ante un grupo de padres, poco después de partir la torta de cumpleaños.

Otro de los padres, profesor de música en un colegio de secundaria, completó: —Es un asunto de dignidad, hay que celebrarle el cumpleaños y blablablá. Pero la reina, además de tener un hijo recién nacido, es gerente, actriz y cantante de la empresa Hakunna Eventos, que fundó hace cinco años, y andaba tremendamente “enquilombada”, por lo que me pasó el número de una de las animadoras de la empresa, que casualmente resultó ser la misma Ladybug que la había acompañado en el cumpleaños de Lucía. Una semana después me encontré con ella en el Bar Británico, junto al Parque Lezama, para tomarnos un café y hablar.

La Ladybug del castillo era flaca, tanto que la piel de superheroína le quedaba

holgada. Pero Micaela Pastori, de veintidós años, es aun más flaca, de una flacura cultivada y contenta. Su voz y sus maneras son también así, delgadas y sólidas. Estudió comedia musical y luego de trabajar en una *call center*, y fungir como profesora de teatro y modelo esporádica, se encontró con Hakunna Eventos donde ha sido Elsa, Rapunzel, Cenicienta, Blancanieves y otra larga lista de personajes. Para acudir a la entrevista tomó un colectivo desde su apartamento en Avelleda, en donde vive sola con su perra Lara, y luego de nuestro encuentro debía salir para el barrio Abasto a hacer una sesión de fotografía.

—¿Para qué sirven las princesas hoy en día? ¿No estarán afirmando valores ya inútiles? —le pregunté de entrada.

—Yo creo que eso cambió un montón. El avance social ha llegado a las nuevas historias. Las princesas nuevas, de hecho, marcan un montón de diferencia. Salen de Elsa que fue la primera princesa sin príncipe, la mala de la película, que era más independiente en el sentido de que ni siquiera se plantea la idea de que tiene que tener un príncipe al lado. A partir de ahí fue cambiando un montón. Después Moana, ella también es una princesa guerrera, líder de una tribu y tampoco se plantea la idea de tener un príncipe, las historias dejaron de girar alrededor de que tiene que haber un hombre y eso cambió un poco la percepción de la gente.

—¿La realidad nunca se te ha metido en la fantasía? —le pregunté después, y se quedó pensando un rato. Me dijo que a veces se mezclan los dos mundos de un modo extraño. Recordó una vez en que era la princesa Moana y el chico encargado de la música y los efectos especiales tomó el tarro de goma pimienta que Micaela carga en su bolso para enfrentar una posible agresión en la calle.

por LUIS MIGUEL RIVAS

Ilustración: Titania Mejía

Pensando que se trataba de un ambientador el muchacho roció el aire en plena presentación. Los niños empezaron a toser y lagrimear, los padres a estornudar y todo el mundo salió despavorido como si el reino hubiera caído en la desolación producida por el semidios Maui.

—Pero aun así la realidad nunca ha tenido la fuerza para destronar a la fantasía de los niños —continuó Micaela—, porque minutos después todo se calmó, ventilaron el espacio, y el espectáculo siguió y terminó felizmente.

—¿Y la realidad política? —No soy ajena a eso. De parte de mi papá siempre hubo mucha consciencia política, mucho de hablar del tema aunque no hasta el punto de militar. Digamos que acá es medio difícil tener una posición porque las cosas son muy extremas, de un lado o del otro... y para mí ninguno de los extremos está bien porque hay que tener un cierto matiz para poder entender qué cosas están bien y qué cosas están mal.

—¿Pero no has pensado en la necesidad de adoptar una posición concreta?

—Esta es mi posición concreta, ¿o qué es lo que quieres? —me contestó sonriendo, y seguimos un largo rato alternando mis preguntas dicotómicas con la solidez de sus matices. Hasta que Ladybug debía irse.

Afuera, se puso los audífonos y tomó la calle Brasil en dirección a Balcarce, buscando el paradero del colectivo. Avanzó sin prisas, un tanto descajarinada. Al llegar a la esquina se detuvo y miró largamente hacia el Parque Lezama, arriba, tal vez al copo de un árbol. Era comienzos de otoño, había algo triste y muy frío en el ambiente, en el mundo. Debe ser la sustancia de donde salen los tangos. Pero era como si a ella eso no la tocara. O como si el frío también hiciera parte de ella. ©

DIRECCIÓN GENERAL Y FOTOGRAFÍA

— Juan Fernando Ospina

EDICIÓN

— Pascual Gaviria

ASISTENCIA EDITORIAL

— David Eufrasio Guzmán

COMITÉ EDITORIAL

— Fernando Mora Meléndez

— Andrés Delgado

— María Isabel Naranjo

— Alfonso Buitrago

— Carolina Calle

— Andrea Aldana

ASISTENCIA EJECUTIVA

— Sandra Barrientos

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

— Gretel Álvarez

CORRECCIÓN DE TEXTOS

— Gloria Estrada

DISTRIBUCIÓN

— Lymari, Gustavo y Didier

Es una publicación mensual de la Corporación Universo Centro

Número 105 - Marzo 2019

18.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com



DISTRIBUCIÓN GRATUITA

WWW.UNIVERSOCENTRO.COM

TRÍPTICO DE PARLACHE

por JUAN FERNANDO RAMÍREZ ARANGO

Ilustraciones: Samuel Castaño

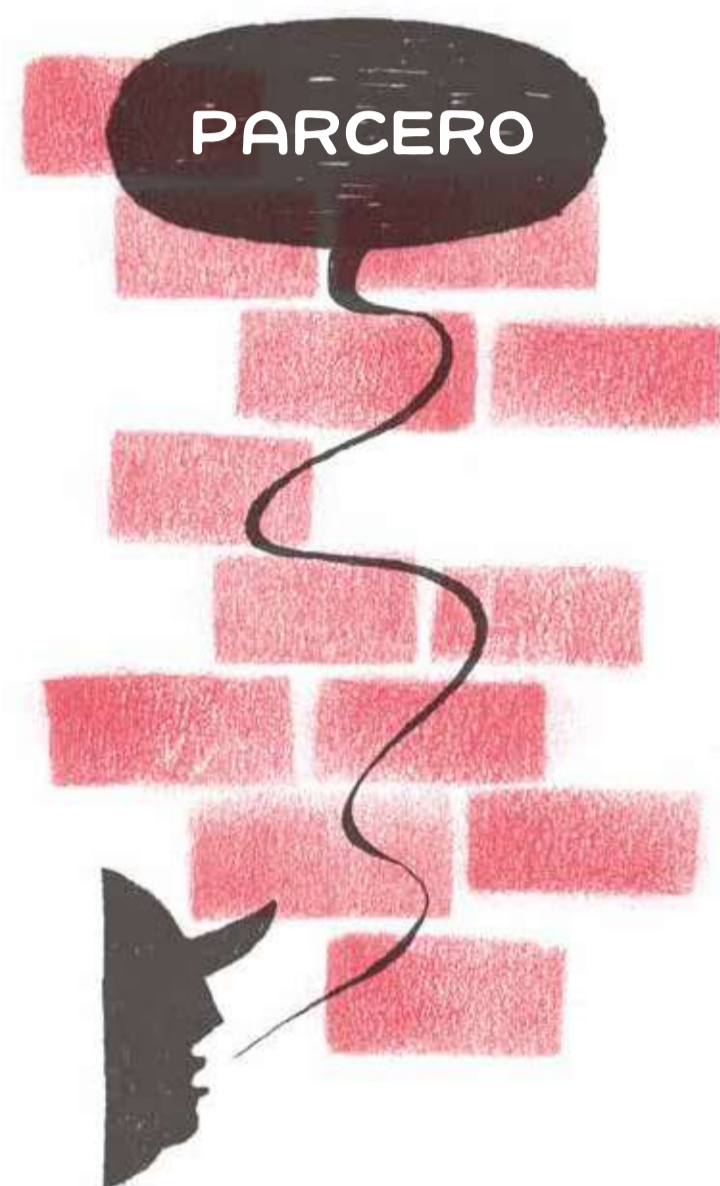
acortamiento de metralleta, en *Manrique's micros y otros cuentos neoyorquinos*, del nadaísta Jaime Espinel. Allí, en el prólogo, Espinel escribe: "Estos cuentos conforman un fresco de pompas fúnebres que desde 1702 hasta hoy muestran una ciudad siempre iluminada por un alba negra: Metralín; aldehuela cuyos embriones se macromanriquean hasta alcanzar el diámetro de mi Manhattan del alma para demostrar que mi generación fue la primera que se asomó a los balcones del planeta del lenguaje". Posteriormente, en el cuento que cierra el libro, titulado "Suelo ser inmortal", añade: "Aquel Chicago de los años veinte, el de Al Capone, frente al Metralín de ahora es un kínder"... Curioso que Espinel haya comparado a Metralín con Nueva York y Chicago, par de metrópolis que también tienen apodos despectivos, atravesados por la semántica de la hiperviolencia: la primera, en 1975, hundida entre las dos crisis del petróleo, fue rebautizada como Fear City. La segunda, en 2009, cuando sus muertes violentas superaron a las de la guerra de Irak, fue rebautizada como Chirak... Un año después, en 1987, aparecería el primer registro escrito de Metrallo, acrónimo entre Medallo y metra. Lo haría en un artículo dominical de *El Tiempo* titulado, precisamente, "De Medallo a Metrallo", en el que, además, saldría a la luz por primera vez en negro sobre blanco la desautomatización negativa del eslogan más conocido de Medellín, esto es, "ciudad de la eterna balacera" en lugar de "ciudad de la eterna primavera". Allí, Metrallo es descrito como si fuera el Detroit de *Robocop*, distopía de acción estrenada ese año, 1987, ambos azotados por la violencia y la economía: "A medida que el costo de vida se incrementa, el de la vida, como tal, se redujo: 'hasta diez mil pesitos por muertecito', según declaraciones de un pistolero en un documental que en la actualidad se realiza en la ciudad. Las estadísticas, por su parte, indican que el índice de homicidios de Medellín es 90,3 por ciento mayor que el de Estados Unidos, pero igual dicen que hay diecisiete por ciento de desocupados y ni el campo ni la ciudad son capaces de absorber estos brazos. Por el contrario, cada año impulsan más personas hacia los suburbios". Situación que contrastaba con la construcción de edificios suntuosos en los barrios privilegiados, que había crecido cien veces en una década, y con la aparición de la llamada "clase emergente", con la que "la ciudad y sus costumbres cambiaron en forma radical. Las fiestas celebradas por ciertos personajes hicieron época. La gente ahora habla de los mafiosos como quien evoca una fábula dorada. Muchos viven de un pasado mítico de fortunas derrochadas o ganadas por un golpe de suerte y borracheras de una semana. Hasta las chicas del Moulin Rouge de París fueron llevadas a Medellín para animar una noche. Y ni se diga de cantantes y orquestas de talla internacional". Mientras tanto, como para aumentar el alcance del cañón de Metrallo, en la Universidad de Antioquia circulaba clandestinamente un casete de "Amor por Medellín", un grupo derechista conformado por seiscientos individuos, en el que anunciaban que iban a "limpiar la ciudad de

indeseables: Pronto comenzaremos a matar a todos aquellos que no sean decentes, o tengan negocios indignos"... Por ese artículo, que finalizaría con una frase escrita en un Circular Coonatra, "Si es verraco, viva en Medellín", Elizabeth Mora, su autora, fue amenazada de muerte por Pablo Escobar, y desde entonces vive exiliada en Nueva York: "De Medallo a Metrallo" degeneró en el sobrenombre por el que mi ciudad ha sido reconocida a donde quiera que voy. Ese reportaje también me costó el destierro. La nota no fue del agrado de Pablo, como se conocía en Medellín a Pablo Escobar. Pablo prometió darle fin a mi vida si él volvía a verme en la ciudad. Amenaza de tomar muy en serio y que cumplió repetidas veces con víctimas en los medios, la política, la ciudadanía, enemigos personales y los agentes de seguridad del Estado". Tal vez por esa amenaza ejemplar, el siguiente registro escrito de Metrallo se encuentra justo después de la muerte del capo, en *La Virgen de los sicarios*, publicada en 1994: "Dije arriba que no sabía quién mató al vivo pero sí sé: un asesino omnipresente de psiquis tenebrosa y de incontables cabezas: Medellín, también conocido por los alias de Medallo y de Metrallo lo mató". Antes, en 1990, en una entrevista en vivo en el Noticiero de las 7, Pilar Castaño, su presentadora, se refirió despectivamente a Medellín como Metralín, por lo que, pese a haber ofrecido posteriormente disculpas públicas por haber emitido ese insulto masivo en televisión nacional, fue declarada persona no grata en esa ciudad anónima.

Con la muerte de Pablo Escobar Medellín dejó atrás los peores tres años de su historia, 1991, 1992 y 1993, el primero, según Decypol, con 7081 homicidios, y los otros dos no muy por debajo de esa cifra dantesca. Muerte que trasladó el poder narco a Cali, rebautizándola, como quedaría registrado en un artículo de *El Espectador* publicado en 1995 bajo el título "Hasta las ciudades cambian de nombre": "Primero fue Medellín, después Medallo y en épocas de crisis, cuando el narcotráfico hizo de las suyas, todos le decían Metrallo. Ahora es Cali: algunos todavía le dicen La sultana del Valle, pero cuando quieren aludir a ciertos carteles prefieren llamarla Calibre. Solo dos ejemplos para comprobar la maravillosa dinámica del lenguaje, que se contamina, se transforma, juega y hasta se burla de nuestras propias crisis".

Posdata 1: Entre 1989 y 1993 el cartel de Medellín puso tantas bombas en Medellín, alrededor de cien entre las que estallaron y las que fueron desactivadas, que en ese lapso dicha necrópolis pudo haber llevado el alias de Medebroom, así como, por razones similares, entre 1947 y 1965, durante el Movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos, Birmingham, Alabama, fue conocida como Bombingham.

Posdata 2: En 2006, tanto Metralín como Metrallo ingresarían por primera vez a un diccionario, sí, el *Diccionario de parlache*, en donde compartirían la misma definición: "(Combinación de Metralleta y Medellín). s. Insulto. Se usa para referirse a la ciudad de Medellín en forma despectiva, por su violencia".



En 1985, primer año en que el índice de homicidios por cada cien mil habitantes de Medellín superaría la centena, esto es, 101, aparecería, curiosamente, el primer registro escrito de "parcero", sí, la forma de tratamiento para referirse a un amigo cercano, en el título de la última entrega de "S.O.S. desde Bellavista", la legendaria pentalogía de crónicas de Ricardo Aricapa publicada en *El Mundo* del 10 al 15 de febrero de 1985. "Un parceroito del cuarto y una chica del noveno", es el título de esa quinta entrega. Registro que se repetiría en uno de los pie de foto, el de la imagen a la derecha del título: "Carlos Robeiro Valencia Gómez, alias el Parceroito, uno de los duros del patio cuarto. Tiene más entradas a Bellavista que años de edad". Tenía diecisiete años y veintidós entradas, todas por robo, era de Manrique, el mayor de ocho hermanos huérfanos de padre.

—¿Y tu mamá qué dice?

—Ella no dice nada, ya está acostumbrada. Ella es muy pobre, trabaja por ahí en las casas de los ricos. La primera vez que robé fue porque no tenía trabajo y estábamos aguantando hambre".

A continuación, el Parceroito contaría que acababa de salir de la Guayana, tras pasar veintidós días en esa zona de castigo, conocida como el infierno de Bellavista, por haber apuñalado a un interno del patio de menores que le robaba cosas del "mercafo" que la mamá le llevaba los domingos. Con ese ajustaba seis apuñalados en sus veintidós entradas. Le quedaban tres meses de los veinte a los que había sido condenado.

—¿Aquí te han violado?

—No, miyo, primero muerto que violado.

—Pero, ¿has visto violar pelaos? ¿Cómo lo hacen?

—¡Uf! Cada rato. Cuando uno llega aquí le dicen: hombre paisanito, yo le regalo una cobijita, un camarotico para que se acueste, es lo único en que le puedo servir, entiendo. Entonces le dan un chorro de chocolate, un tinto, la trabita si a uno le gusta, y después se los tiene que dar, o si no lo chuzan y lo destierran del patio...".

Aunque Aricapa, lamentablemente, no le preguntaría a Carlos Robeiro Valencia Gómez por qué lo apodaban el Parceroito, hay dos teorías para el origen de "parcero": 1) Que es una aféresis de "aparcarero", vocablo que, según el DRAE, es "compañero, amigo", en Argentina, Bolivia y Uruguay. Y 2) que viene de "parceiro", un préstamo léxico del portugués de Brasil que se dio por el contacto entre trabajadores de ese país y de la comuna nororiental de Medellín en Tranquilandia, sí, aquel gigantesco complejo de diecinueve laboratorios para el procesamiento de cocaína sito en plena selva del Caquetá. Esta segunda teoría la avalan, por ejemplo, Luz Stella Castañeda y José Ignacio Henao, autores del *Diccionario de parlache*. Y no les faltarían testimonios de habitantes de la Nororiental trabajando en Tranquilandia, uno de ellos, por ejemplo, el de doña Nena, publicado en *La génesis de los invisibles: historias de la segunda fundación de Medellín*: "Llegamos en un avión Curtis al que le traquía hasta la pintura... En Tranquilandia los caminos los construyeron con canecas porque el terreno es fangoso. Tenían plantas eléctricas, plantas para purificar el agua, casas con gran cantidad de dormitorios y hasta una casita para nosotras las cuatro empleadas de la cocina. Por donde voltiaba, hasta en el corral de los animales, había sofisticación... Yo llegué sana, así como va la res al matadero sin que nadie le diga adiós, pero la incertidumbre me llegó cuando miré la cocina de cocaína, sus vapores apuestosos y me sentí en el infierno. En ese momento renegué de mi esposo como nunca lo había hecho, por primera vez le dije: ¡Hijueputa! ¿Por qué tengo que estar aquí, y no al pie de mis hijos?". Era 1984, el salario mínimo colombiano de 11 298 pesos, y doña Nena ganaba 23 veces esa cifra, o sea 260 mil al mes sin contar bonificaciones y propinas de los pilotos por servirles la mejor comida y lavarles la ropa. Sí, doña Nena es la que dos años después haría de madre de Carlos Mario Restrepo en *Rodrigo D*, la que sale a fumar mariguana con él la noche que suena *Wish you were here*, de Pink Floyd, en el velorio de Johncito.

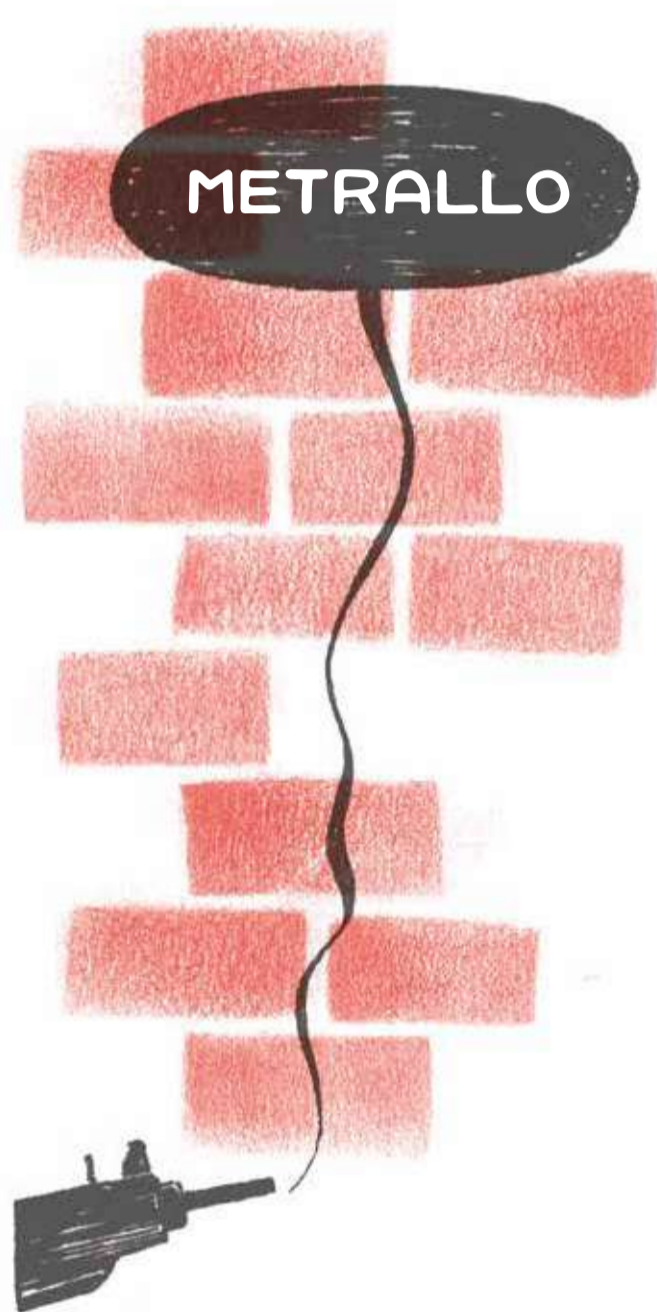
Precisamente *Rodrigo D*, filmada entre el 26 de octubre y el 30 de diciembre de 1986, prueba que el uso de "parcero" no estaba muy extendido para entonces: allí no se pronuncia ni una vez, ya que "loco" era la forma de tratamiento para referirse a un amigo que estaba en boga: la escupen 103 veces en esa película. Sin embargo, tres años después, en *Yo te tumbo, tú me tumbas*, el documental de la ZDF de Alemania protagonizado por los pistoleros de *Rodrigo*

D que seguían vivos, entre ellos Carlos Mario Restrepo, pasa todo lo contrario: "loco" no se pronuncia ni una vez, en tanto que "parcero" se escupe once veces, tres de ellas en diminutivo, en forma de "parceroito". Un año después, 1990, en *No nacimos pa' semilla*, "parcero" sextuplicaría a "loco" en uso: dieciocho frente a tres, incluido el primer registro escrito de "parce", el acortamiento de "parcero": como si fuera la repetición de la entrevista que sostuvo Aricapa con alias el Parceroito cinco años atrás, ocurre en Bellavista y en el último tema que tocaron ambos, esto es, el del *modus operandi* de las violaciones en esa cárcel: "cada pelado que entra nuevo lo inauguran. Primero se lo camellan, que venga para acá, que aquí queda bien parceroito. Pura carreta, que vacano, que empeñemos esos tenis y el domingo que me traigan un billete lo sacamos. Llega el domingo, uy, que falla, parce, no cayó nada. A todo el que llega le montan la carretada y si no les come el cuento, lo cuñan pa robarlo y por ahí derecho se lo papean". Un año después, en 1991, en *Historias de la calle*, libro cuya portada es un fotograma de Carlos Mario Restrepo en *Yo te tumbo, tú me tumbas*, año fatídico en el que Medellín alcanzaría su máximo histórico en homicidios, 7081, como si se hubiera normalizado la locura a través de "parcero", este le daría la última estocada en uso a "loco": 47 frente a uno, la mayoría, en forma de "parce". Normalización que se confirmaría dos años más tarde, en 1993, al hacer "parce" su primera aparición en un diccionario, sí, el *Diccionario de las hablas populares de Antioquia*, donde sería definido como sinónimo de "loco", esto es, "Parce: m. Amigo fiel, camarada. Sin. Loco". Además, sumaría una segunda acepción: "Fórmula de tratamiento para establecer comunicación con desconocidos: 'parce, ¿me puede decir la hora?'".

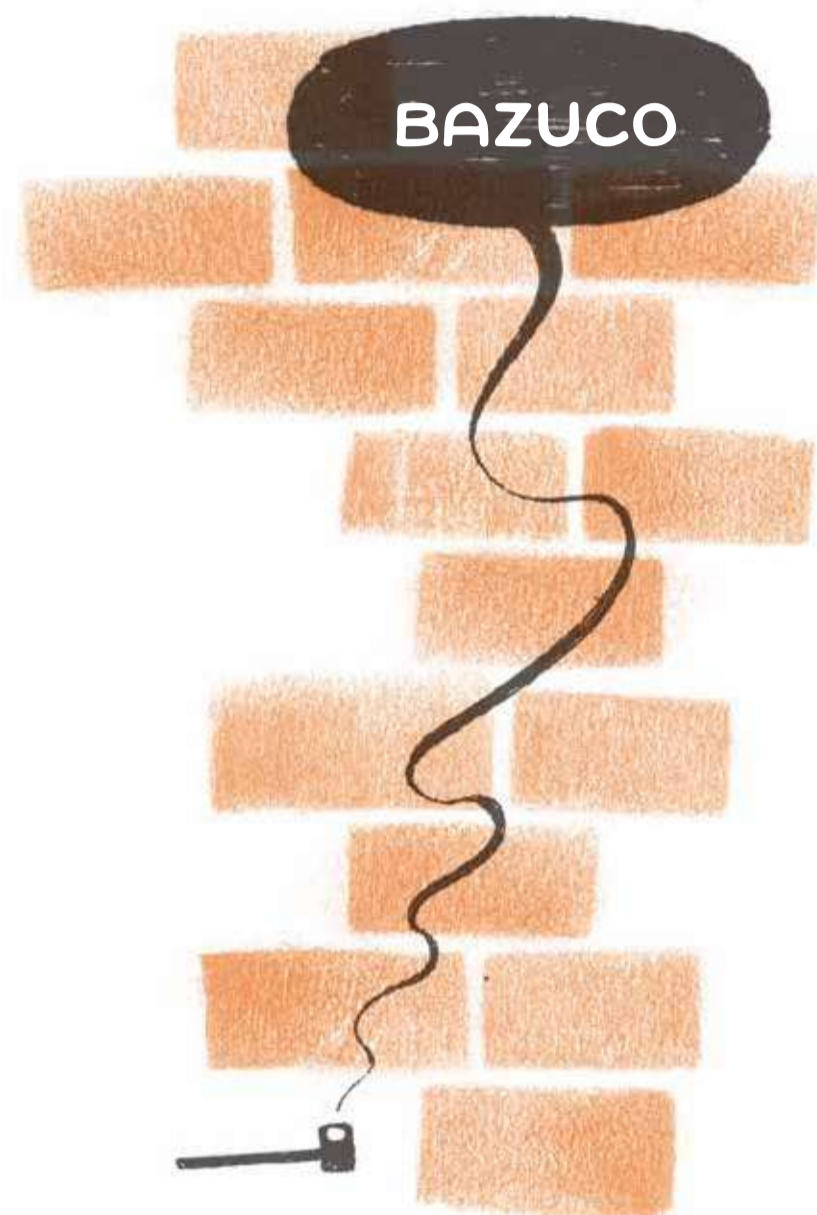
Posdata 1: Entre 1985 y 1993, o sea entre la primera aparición escrita de "parcero" en "S.O.S. desde Bellavista" y la inclusión de "parce" en el *Diccionario de las hablas populares de Antioquia*, se registraron 36 769 homicidios en Medellín.

Posdata 2: En 1993, en *Lingüística y literatura #24*, en el primer estudio del parlache, titulado "El parlache: una variedad del habla de los jóvenes de las comunas populares de Medellín", se cuenta que hasta último momento se barajó la posibilidad de llamar a ese fenómeno parceñol, sin embargo, a uno de los informantes del estudio se le apareció en un sueño un amigo que había sido asesinado días atrás y le dijo: "Sabe qué, parcero, el nombre para nuestra manera de hablar es el parlache". Sí, parlache: cruce entre hablar y parche.

Posdata 3: Exactamente treinta años después de la primera aparición escrita de "parcero" en "S.O.S. desde Bellavista", un ron llamado Parce fue declarado el mejor del mundo en los World Spirits Competition de 2015, celebrados en San Francisco, California. Según sus creadores, los estadounidenses Jim Patrick y Brian Powers, lo nombraron así porque Parce "expresa el espíritu de Colombia, donde los amigos saben compartir buenos momentos".



Trece años después de que se popularizara el término "aldea global", Medellín haría su debut en *Newsweek*, al ser declarada por ese semanario la ciudad más peligrosa del mundo. Ese año, 1981, el índice de homicidios por cada cien mil habitantes de la ciudad más peligrosa del mundo fue 56, 24 más que, por ejemplo, Nueva York, siendo el año más violento de la historia de La Gran Manzana, como quedaría reflejado en el título de la tercera película de J. C. Chantor, *A most violent year*, de 2014, pero que transcurre, obviamente, en 1981. Cinco años después, en 1986, el índice de homicidios por cada cien mil habitantes de la ciudad más peligrosa del mundo sería 123. Como si ese 123 hubiera sido una llamada de emergencia, ya que esa cifra de inflexión inauguraría el homicidio como primera causa de mortalidad general en Medellín, ese año haría su aparición el primer registro escrito de Metralín, sí, el acrónimo entre Medellín y metra,



En la primera canción de *Nasir*, de Nas, uno de los álbumes más esperados y decepcionantes de 2018, titulada "Not for Radio", tras referenciar a Pablo Escobar en la primera línea, "Escobar season begins", se escucha esto en la trigésima séptima: "Colombians created crack". Creación *made in Colombia* que se puede comprobar, por ejemplo, a través del siguiente aparte de "La droga del diablo: 40 años en las calles y sigue siendo un enigma", reportaje publicado por *Semana* el 17 de marzo de 2017: "A finales de los 1970 se detectó que había quienes querían fumar cocaína en vez de inhalarla. Aparecieron dos caminos para hacerlo: el crack, que es la cocaína misma, pero 'patraseada', es decir, convertida en un polvo que se puede quemar, y el bazuco, un estadio previo a la cocaína. El primero pegó en los laboratorios de Chocó, y de ahí llegó a Panamá y luego a Miami, desde donde se regó por todo Estados Unidos. El segundo se quedó para abastecer el mercado interno...". Un párrafo previo a ese aparte, en la versión electrónica de dicho reportaje, ofrece un enlace que remite al primer artículo de *Semana* acerca del bazuco, publicado el 15 de agosto de 1983 bajo el título "Bazuco, el vicio del diablo". Allí, además de haber popularizado el uso de ese acrónimo de base de coca con "zeta", sí, acaso por ser la droga de más bajo presupuesto, explican cómo se introducía en Medellín: "A Medellín llega proveniente de Urabá y diversas zonas del Chocó, y las grandes cantidades que entran son rápidamente subdivididas y repartidas por puestos y bares de la Carrera 70 y aun por las residencias de los

barrios elegantes de la ciudad". Sin embargo, ese no es el testimonio más antiguo del bazuco en Medellín, para hallarlo hay que retroceder dos años, hasta 1981, cuando se publicó *Bacano Llave*, de Alberto Piedra: desconocido ejemplar de la oralitura colombiana que, a la manera de un libro almanaque, relata las desventuras de Bacano Llave Restrepo: un *nomen nescio* de la comuna noroccidental de Medellín, del barrio Robledo, el tercero de cinco hijos de Jesús Llave, un expartidario de la Anapo muerto en una balacera mientras ejercía su oficio de celador, y de Rosalba Restrepo, ama de casa impedida laboralmente por la variz... Antes de ser encarcelado durante sesenta días en Bellavista por mariguano y vago reconocido, Bacano prueba el bazuco:

—Vea y perdone la pregunta: ¿qué era lo que tenía el otro varillo que usted nos dió?

—Eso es bazuca. ¿Ninguno la ha probado?

—No, yo en vida había oído hablar de eso.

—Es base de coca y es lo que está dando palo ahora".

A continuación, ya que se volvió adicto al diablito, o sea a los cigarrillos de mariguana mezclados con bazuco, Bacano describe el tratamiento de desintoxicación que le recomendó su madre, doña Rosalba Restrepo, sí, tratamiento que remite a aquella inolvidable propaganda radial, al aire a partir de 1983, "Paisa, paisa, no fume bazuco, hombre, que le acaba el cerebro, lo enloquece y lo mata": "La cucha cada que podía me echaba cantaleta: que si no iba a dejar de fumar... Lo último que se le ocurrió fue que oyera por el radio el programa de unos manes que fueron dizque más viciosos quel putas y que ahora se volvieron buenos por obra de Dios. Los programas eran los sábados por la mañana. Yo me hacía el loco y me iba pa la cancha. Y si es por lo de Dios yo a la final creo en Dios y en la Virgen pero a mi manera, o sea sin comerle cuento a los curas. ¿Los curas? Una manada de maricas que no hacen sino vivir del pueblo a punta de carreta. ¿Sostenerlos? ¡¡¡¡La chimba!!!".

Desde el punto de vista sociolingüístico el aparte anterior es importante porque es el primer registro escrito de la locución adverbial y la negación enfática más usadas de lo que doce años después denominarían el parlache, esto es, "a la final" y "la chimba", respectivamente. Ambas, por supuesto, no hicieron parte un año atrás, en 1980, del *Diccionario de los mariguaneros*, publicado por los poetas Germán Suescún y Hugo Cuervo, luego, el bazuco y su

intenso pero efímero golpe de efecto en el sistema nervioso central de Medellín, fue uno de los principales combustibles que dio origen al parlache.

Posdata 1: En el referido testimonio de doña Nena consignado en *La génesis de los invisibles: historias de la segunda fundación de Medellín*, ella dice lo siguiente acerca del bazuco: "Todo cambió en el barrio cuando llegó el bazuco. Sentimos el olor de otra química, que desencadenó la agresividad de los muchachos, ya no se respetaba la vida, ni los bienes de la gente. Para mí el momento clave es cuando se inició el consumo de diablitos, una mezcla de mariguana y bazuco que descomponía hasta el mejor corazón. Ese vicio acentuó la ansiedad de una cantidad de jóvenes que andaban a la deriva, sin Dios ni ley, sin creer en nada ni en nadie. Ellos querían tener la dicha, o la felicidad, o la fortuna de un solo golpe, de un solo soplo. El bazuco les daba el espejismo de esa dicha, pero para poder mantenerla había que fumar uno y otro, uno tras otro. Y tras la dicha venían las depresiones de arañados, las angustias punzando el hígado. El afán de más vicio, el afán de fierro para conseguir el vicio, y después el fierro se convirtió en otro vicio, y se aprendió a matar, y matar se volvió una adicción. Otros muchachos se armaron para defenderse, esa generación se engatilló. La dicha que todos buscaban se convirtió en un desfile de muerte".

Posdata 2: A propósito de canciones de rap de 2018, mientras el alcalde de Medellín insiste en desaparecer la nefasta historia de Pablo Escobar y sus manifestaciones en la cultura pop de un plumazo, haciéndole una lobotomía a la memoria de esa ciudad anónima, y mientras un grupo de colombianos en Francia recoge firmas para clausurar un bar llamado "Medellín, París", inaugurado en noviembre de 2018, y cuyo concepto es Pablo Escobar, el video de la canción titulada *Narcos*, de Migos, ya supera las 115 millones de reproducciones en YouTube, sí, video que finaliza con una balacera, balacera que, como si fuera un santo y seña a la dualidad plata o plomo, inicia no bien se menciona a Medellín: "going straight to Medellín". Sí, canción cuyo coro alude a Pablo Escobar: "Trapping like a narco (narco) / Got dope like Pablo (Pablo) / Cut your throat like Pablo (cut throat) / Chop trees with the Draco (Draco) / On the North, got the Ye (Go) / Saying Hasta luego (luego) / We rep the kilos / Snub nose with potatoes...". Canción que, además, ya es disco de platino en Estados Unidos, certificación que se alcanza al vender más de un millón de copias. ©

NUESTRO PROPÓSITO NO ES ACUMULAR UTILIDADES. ¡ES SATISFACER NECESIDADES!



VIGILADO
SUPERINTENDENCIA FINANCIERA
DE COLOMBIA

LA DIFERENCIA ESTÁ
EN QUE ADEMÁS DE
CONFIANZA
TRANSFERIMOS RECURSOS
QUE TRANSFORMAN
NUESTRAS VIDAS

La diferencia está en Confiar

confiar
coop



UNIVERSIDAD
EAFIT

Para resultados disruptivos,
conocimientos de vanguardia.

Estudia un Posgrado en EAFIT
www.eafit.edu.co/posgrados

Medellín | Llanogrande | Bogotá | Pereira | Virtual
Línea gratuita nacional: 01 8000 515 900 | E-mail: posgrados@eafit.edu.co

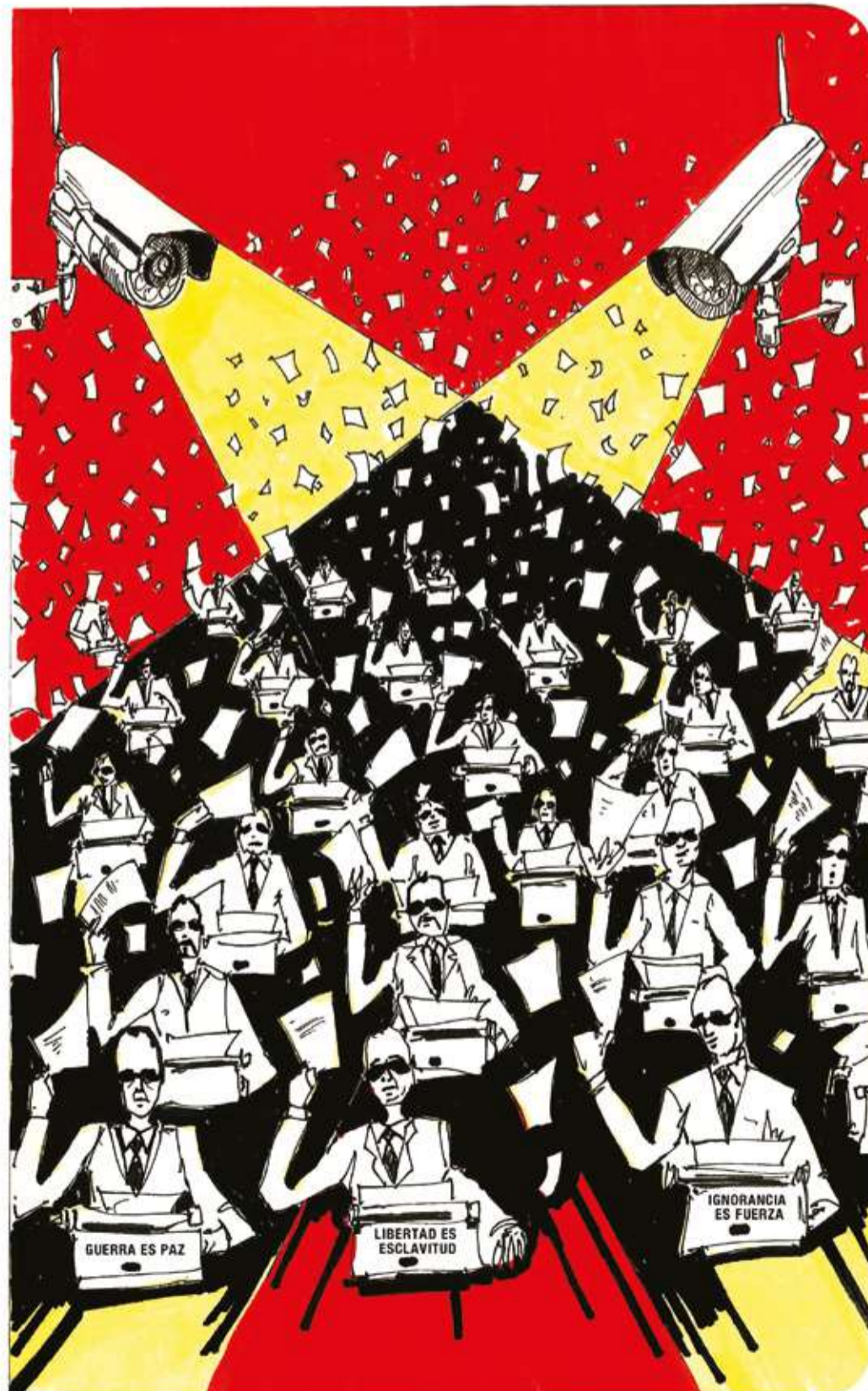
Inspira Crea Transforma

Vigilada Mineducación

La tortura y el amor, por su bien

por ROBERTO PALACIO

Ilustración: Cachorro



La idea de que los grandes vicios políticos son desvarios epistemológicos y no morales es uno de los motivos por los que seguimos leyendo a George Orwell. Lo propio del totalitarismo no es la vigilancia; es el pensamiento que se agota en ingenierías mentales minúsculas que buscan corroborar si algo concuerda con los principios de una doctrina. Ese, en poco, es el rasgo sustancial de la política moderna; hacer que la realidad se ajuste a un credo; negar o aniquilar cualquier realidad que no lo hace. Lo comprendió Maquiavelo; Hobbes lo elaboró como un aspecto peligroso de la naturaleza humana y nadie imaginó que devendría un ideal político hasta que el cinismo se convirtió en una destreza pública.

En su novela más conocida, *1984*, Orwell trazó una grotesca caricatura —una que pensó no podría ser sobrepasada— que no es más que una extensión de esta idea. La forma más efectiva de combatir la verdad es decir que algo y su contrario valen por igual, o que lo imposible es real, solo si se tiene fe: 2+2 es 4, a veces; “si yo digo que puedo flotar”, le dice O’Brien a Winston durante su larga tortura, “y tú lo crees, ¡entonces yo floto!”.

Para poner en evidencia la caricatura, cuyos contornos hemos llegado a ver como un rostro normal, Orwell comprendió que debía llevar estos vicios políticos hasta un punto en el que se denota su absurdo pleno. Observó con asombro que incluso los totalitarismos más pobres en ideas podían hacer que todos cantaran su canción. Se trata del asunto de las ingenierías arriba mencionado. No era una coincidencia. De hecho, entre menos elaborado, entre más pobre es un credo más adeptos toma. El principio n. 5 de la propaganda nazi de Goebbels, que él mismo llamó de “vulgarización”, lo cita con toda claridad: “Toda propaganda debe ser popular, adaptando su nivel al menos inteligente de los individuos a los que va dirigida. Cuanto más grande sea la masa a convencer, más pequeño ha de ser el esfuerzo mental a realizar”. Es por ello que en *1984* la ignorancia es un fin del Estado. En las más radicales versiones del totalitarismo, en la medida en que toda forma de pensamiento perece, solo queda la sensación brutal de malestar físico como constatación de que nada es como debería ser.

La manera en que las cosas son y cómo deberían ser; la apariencia y la realidad, la conformidad con los hechos vs. la mentira... Por mucho tiempo el tema de la verdad, central en la obra de Eric Blair —más conocido con el seudónimo de George Orwell—, parece haber quedado atrapado entre esas dos instancias. En *1984* consiste en hacer patente la habilidad de asentir a opuestos incompatibles. Esa capacidad de los seres humanos para albergar la contradicción fue un foco de la crítica de Orwell, y un vicio que sigue vivo en los totalitarismos hoy. La idea de “hechos alternativos”, reavivada por el sistema político americano, es un ejemplo de este tipo de contradicción. Esta y otras semejantes son prácticas tan portentosamente desviadas y ridículas que Orwell no las concibió más que por medio de un circunloquio mental que implicaba disciplina y entrenamiento: el “doble pensar”, “doublethink”.

Esa bipolaridad cognitiva que viene con los totalitarismos no es un tema secundario. El Estado se puede entender a partir de su doble estándar, que en últimas se concreta a través del eufemismo, uno que se construye enfatizando justo lo que una institución o cosa no hace o no es. En *1984* el sitio en donde se torturaba se llamaba el Ministerio del Amor. En Colombia, por ejemplo, el ministerio de Defensa, ¿a quién ha defendido? ¿La principal función de las secretarías de movilidad acaso no es inmovilizar vehículos? Orwell entrevistó de manera genial que la esencia del Estado moderno era precisamente ese eufemismo.

Esa forma de idiocia entrenada tenía también un alcance profético para Orwell: en el futuro las ideologías se sustentarían —pensó con acierto— no sobre la ridiculidad de ideas abstrusas, sino sobre la rimbombante contradicción intencionada y aceptada. Piénsese de nuevo en la noción de “hecho alternativo”. Para un inglés como Orwell había algo poco elegante en este concepto tan descaradamente endeble como jugar tenis sin una malla. Quizá haya sido esa la profecía de Orwell; el Estado es aquella institución humana en la que, a diferencia de los órdenes animales, siempre son posibles nuevas y más abismales formas de ridiculidad innecesaria. La política se despliega en esa esfera de lo innecesario

como si fuese profundidad, en el absurdo del crimen cometido porque sí o con mínimas razones aparentes. Tal queja contra la mediocridad del crimen superfluo es evidente en su ensayo *La decadencia del asesinato inglés*.

Pero el más portentoso absurdo se hace manifiesto en la educación y el castigo. El proyecto educativo en *1984* es formar ciudadanos que en esencia son espejos, no de los valores de un partido sino de una interioridad reasegurante. El Estado perfecciona según el viejo modelo moral roussoniano, tan afecto a los pensadores del siglo XVIII: un refinamiento en sus propios valores, en sus propios términos, que no es para cosa alguna. Esta, la perfectibilidad humana como la denominó Rousseau, llegó a ser una de las vicisitudes más patéticas de las tiranías, que no han podido dejar el vicio del humanismo. Así, los hombres no son reflejos de la voluntad de un tirano; son oprimidos por sombras de lo que ellos mismos creen querer ser. El Gran Hermano simplemente vela por que nadie quiera algo distinto a ello. Se oyen ecos de la pavorosa expresión de Rousseau en el *Contrato Social*: el que no quiera ser libre en el sentido señalado, lo forzaremos a ser libre.

Cuando esta perfección se ha logrado, cuando la costumbre ha llegado hasta los músculos impulsados por los mecanismos de la costumbre, el Estado se da el lujo, en el cénit de lo innecesario, de romper el espejo, como si la pureza tuviera un sentido luego del oprobio de la tortura. Es por eso que Orwell confunde deliberadamente en *1984* el amor y la tortura; la tortura es la forma en que el Estado nos ama. El Estado ama a sus espejos imponentes. Pero es el amor de un gigante torpe y ciego. Orwell logra sintetizar de manera magistral los dos momentos más incompatibles del Estado moderno: su vocación por la racionalidad, evidente en las lógicas degradadas de la burocracia, y su origen romántico. Se trata de un amor extraño. Nadie nos toca más que con instrumentos que objetivan el amor: las

tenazas, las sillas, los potros, las cámaras, los lechos pecaminosos en donde se consuma una pasión sin deseo. Se tortura con decencia: en sus cartas íntimas, de reciente publicación, Himmler declara que construyó rampas para que los discapacitados llegaran sin riesgos a las cámaras de gas. Solo ellos, los alemanes, sabrían aniquilar a estos “animales humanos”.

En los sistemas políticos débiles, el crimen hace las veces de la tortura, recibiendo igual tratamiento eufemístico y sacralizado. Es por ello que en Colombia al atraco se le llama “paseo millonario”, los asesinos hablan de “enamorarse” de sus víctimas y toda la caterva de delinquentes callejeros tiene divertidos nombres como cirujano, cosquillero, etc. El crimen, me aventuro a una metáfora orwelliana, es una forma de amor libre que los Estados totalitarios, incapaces de controlar sus núcleos de poder, simplemente toleran.

La reflexión sobre la política como una forma de amor le permitió a Orwell especificar la pregunta más radical que se puede hacer con respecto a los regímenes: ¿por qué siquiera existen? Hay que recordar esa escena de *1984* en la cual Winston, leyendo el libro de Goldstein luego de haber hecho el amor con Julia, alcanza un momento de lucidez: “Entiendo el cómo, pero no entiendo el porqué”. No se trata solo del porqué de la existencia de tal o cual sistema político; se trata en últimas del porqué del dolor innecesario, el porqué de la tortura. En la vida común bajo un sistema totalitario, todo permanece igual; el día a día no es el interrogante que los hombres ponen sobre la mesa. Es el sentido del dolor y el absurdo del sufrimiento infligido, es la falta de depuración del odio, es la denigración dolorosa de la escogencia arbitraria de la víctima. *I understand how*, le dice Winston a Julia, *I just don't understand why*.

El sinsentido tiene un momento culmen cuando se llega a la tortura. Se tortura porque sí... aunque ella juega un papel fundamental. La tortura no se hace para arrancar

una confesión; el torturador suele saberlo todo del torturado. Al igual que en las relaciones amorosas, hostigamos a la pareja con su figura, con sus costumbres, con sus historias repetitivas “por su bien”. La tortura se hace para que el delincuente sea perfecto a la hora de ser asesinado por el Estado, Estado que existe justamente para perfeccionar a sus súbditos y mantener el poder que perfecciona por medio de la tortura. Se trata de lo que no puede tener fundamento más que en sí mismo, de una circularidad, como el amor de Dios quien nos ama para que le adoremos. En últimas, lo que denuncia Orwell es el absurdo del poder mismo. El sistema se independiza del crimen y procesa a sus víctimas de manera autorreferencial en el cénit de lo paradójico, porque ese es su objetivo. Tarde o temprano a todos los ciudadanos se les pasa por el Ministerio del Amor, independientemente de si han cometido una falta o no. Los organismos de seguridad fabrican los lazos vinculantes entre un individuo y el crimen. Todo en sí mismo es un absurdo: ¿para qué pruebas cuando no hay verdad? La censura oficial es innecesaria cuando el totalitarismo ideológico está garantizado por el sistema, decía Noam Chomsky.

Ya advertía Nietzsche en la *Genealogía de la moral*, que no hay época que no haya concebido la tortura de otra manera que a la luz de la celebración y la felicidad. Hay esa breve sentencia interior que pareciera que no se extingue: no hay nada mejor en el mundo que el sentimiento de unión que procura el odio conjunto, la rabia elevada a nivel de virtud. La hora de Emmanuel Goldstein no solo era una hora de gimnasia emocional para expeler las toxinas. Era una hora de unión y verdadero amor, de los sentimientos más grotescos de reconciliación llevados a su extremo, tal como sucede con los niños que han tenido que huir de los colegios en los que son abusados y matoneados; suelen irse llenos de cartas de amor y buenos deseos de sus compañeros. ☺

Hacemos posible el sueño de recuperar el río Medellín

y hemos logrado:

Evitar que 140 toneladas diarias de materia orgánica lleguen al río.

Recolectar más del 84% de las aguas residuales que antes iban al río y llevarlas a las plantas de tratamiento.

Contribuir a la recuperación de 80 quebradas cuyas aguas desembocan en el río Medellín.

Cerca de 4.600 kilómetros de redes de alcantarillado.

Seguiremos trabajando para hacerlo realidad

Cuenta con vos

Enclavado entre la selva del Darién, el mar Caribe y el río Atrato existe un pueblo llamado Unguía. Allí, en cualquier esquina y al finalizar la tarde, se arman partidas de dominó en las que los viejos platican de sus orígenes cimarrones, recuerdan historias de contrabandistas, marimberos o brujería.

Las fichas del Darién

por JUAN ARTURO GÓMEZ TOBÓN

A este municipio chocano solo se llega en lancha desde Turbo. Al dejar el puesto de control de la Armada Nacional —último vestigio de la civilización— la panga atraviesa el golfo de Urabá: los sentidos poco a poco se conectan, el olor a selva se une a la brisa marina y un intempestivo viraje de la embarcación, para tomar el Atrato, revela el Tapón del Darién con sus montañas de un azul difícil de apreciar en las ciudades.

Durante veinte minutos la embarcación viaja por un apacible Atrato que no descubre la fuerza del río más caudaloso del mundo en proporción a su cauce. Por ellas, navegan bongos cargados de madera; pescadores artesanales tienden sus trasmallos desde pequeñas champas; soldados, apostados en lanchas rápidas, llamadas pirañas, apuntan con sus fusiles a lado y lado. Por sus aguas han boyado decenas de cadáveres de masacres como la de Bojayá o la menos sonada de Cacarcica en 2016.

La panga atraviesa en diagonal los doscientos metros de orilla a orilla para tomar el caño de Palo Blanco, donde por poco más de cinco minutos se ven los estragos de los incendios de 2014, 2016 y 2018 que destruyeron cerca de seis mil hectáreas de bosque primario. El deseo de ampliar frontera ganadera ha sido una constante en los últimos veinte años en esta región.

La embarcación viaja encabritada seis kilómetros sobre las crestas de las olas de una de las cinco ciénagas de Unguía. Reduce su velocidad, entra a un caño de cuyas orillas los niños se lanzan en piruetas al agua, el viejo galafatero suspende su labor de rellenar las juntas del barco con algodón y saluda con su martillo de madera, y el anciano remador de trasmallos hace lo propio con su gruesa aguja.

Al llegar al puerto un hombre con síndrome de Down da la bienvenida a todos y decenas de motaxistas ayudan a desembarcar a los pasajeros y sacan las maletas. La moto va dejando una

polvareda por la recta que lleva al casco urbano. A la izquierda, decenas de robustos novillos pastan tranquilos en una extensa planicie, propiedad de un hermano de alias el Alemán a quien todos llaman “don Jesús”. El paisaje solo es interrumpido momentáneamente por un barrio de invasión de desplazados y desmovilizados del bloque Elmer Cárdenas de las AUC. A la derecha, una sucesión de humildes ranchos finaliza abruptamente en el cementerio del pueblo. La moto vira, rodea el cementerio y llega a la única vía pavimentada del pueblo, a lado y lado casas de material rompen con la realidad del municipio. En ellas de seguro habita ese 6,4 por ciento de la población que no está en la miseria o la pobreza. En el parque del pueblo, el cura hace doblar las campanas de la iglesia, las cantinas muelen de forma incesante corredos prohibidos, reguetonos y vallenatos; de un gangoso parlante sale “la palabra de Dios” y desde una carreta, empujada por un mercader paísa, llega un sonsonete chillón que ofrece material de playa, memorias USB, camisetas de la selección Colombia y un menjurje que cura desde la impotencia hasta la artritis y el asma.

En una esquina del pueblo sobrevive una tradición cuyos orígenes se pierden el tiempo: una mesa de dominó. Por ella han pasado memorables jugadores, muchos ya muertos, como el viejo Víctor Mugre, Leonardo Córdoba o Eduardo Benítez quien se llevó a su tumba los saberes del arte de la filigrana en oro, como lo recuerda Arnulfo Jiménez.

Arnulfo es un negro fuerte, sencillo y noble; por sus venas corre la sangre cimarrona que aportó a la independencia de Chocó y Antioquia. A sus 76 años subsiste sacando arena del río, pero durante décadas, con una tula al hombro, recorrió las trochas del Tapón del Darién llevando y trayendo mercaderías entre Colombia y Panamá.

Bajo el sombrío de un viejo pichindé, en medio de las partidas de dominó, Arnulfo recuerda su pasado como



Caño de entrada al puerto de Unguía. Fotografía: Ferley Maussa Sierra.

contrabandista y marimbero. Sus relatos sobre los rituales preparatorios para cruzar el Darién son detallados y vivaces, así que es fácil verlo en una madrugada de hace cincuenta años amarrando al cinto la peñilla afilada la noche anterior, repasando en su jiquera la linterna Eveready, revisando el cuenco con pólvora y acariando el cañón del *chispún* con un dulceabrigo. En su mochila no podía faltar el aceite de canime para la escaldadura, la estampa del eccehomo y una pequeña bolsa roja donde iban envueltas la piedra ara, un pequeño chicharrón de oro de aluvión y la oración dejada como herencia por su padre. “Aún hoy me protegen de todo mal y peligro”, dice.

Al rescoldo del fogón solía haber una decena de sarapas preparadas la noche anterior por su esposa y, en un rincón de la choza, nueve tulas de lona verde perfectamente apiladas. En estas tulas había sulfatiazol para las heridas, leche de magnesita, aceite de almendras, macheches, dolorán, vacol, mertiolate, cigarrillos Pielroja y Mejoral.

Al despuntar el sol, nueve hombres tomaban la trocha de Arquía para atravesar el Darién.

Cuando coronaban la cúspide de la montaña Palo de Letras, hacían un alto en el mojón de cemento que marca la frontera y bebían un sorbo de miel de caña fermentada para revitalizar sus cuerpos. En la selva, dice Arnulfo con las fichas de dominó en sus manos, “la rutina cambia, no es el tiempo quien la rige, son las estaciones de cada jornada”. A las nueve de la mañana, cada uno sacaba sus sarapas aún tibias, des envolvía las hojas de bijao y degustaba chicharrón, huevo cocido, plátano sancochado y frijoles con arroz. Esa especie de desayuno-almuerzo era el único alimento casero que probaban durante los seis días de travesía.

A las seis de la noche terminaba la primera faena y a orillas del río Paya, en Panamá, levantaban el campamento. Encendían el fuego, preparaban los cambuchos y se alistaban para salir a *guaitiar*, o cazar de noche, y a pescar.

“El pescado era abundante, al llegar al río, se ponía la luz de la linterna en chorro hacia el agua cristalina, los peces se quedaban quietos con la luz y, zas, el machetazo en la cabeza. En media hora se tenía la liga para la cuadrilla”.

Después de cenar y sentados alrededor del fuego, llegaban, como invocados

por la noche y los ruidos de la selva, los cuentos de ánimes, brujas y duendes. “En las semanas de cuaresma era muy común, como lo es todavía, la llegada de brujos de todos los lugares del país en búsqueda del nido del pájaro macuá, de yerbas, juncos y raíces necesarias para preparar los conjuros de protección, baños de limpieza y amarres, propios del Viernes Santo”.

Arnulfo suspende la revuelta de las fichas de dominó, se persigna y besa la cruz hecha con sus dedos índice y pulgar de su mano derecha, acto seguido, continúa su relato. “Lo sucedido el miércoles antes de la Semana Santa de 1969 aún me eriza la piel y me revuelve las tripas. En ese viaje nos acompañó un zambo brujo venido de Segovia, Antioquia. En el campamento de Paya, el brujo esperó el segundo en que no era martes ni miércoles y que todos estuvieran dormidos, para decirme: ‘vea negro, usted me cae bien, por eso le enseñaré cómo se capturan los ánimes: a esta misma hora, entre Jueves y Viernes Santo, usted coge un frasco, lo lava con agua bendita, se va para el cementerio y lo llena hasta la mitad con tierra de muerto; después se va para la orilla izquierda del río, se empeleota y reza esta oración (...)’ A partir de ahí la entendederá se me cerró, los ojos se nublaron, mientras me decía la oración. Solo recuerdo el final, cuando me advirtió que después de capturar los ánimes tenía que sellar el frasco con una tapa hecha del árbol palo santo. ¿Para qué va a querer uno esos duendecillos?, ellos dan riqueza y se la quitan a tus enemigos, pero nunca se puede disfrutar. Quien los tiene vive todo arrastrado, si no mire a don...”. El viejo Jiménez se tapa la boca para que de sus labios no salga nombre alguno.

Esa misma noche, al no poder conciliar el sueño, Arnulfo decidió coger su *chispún* e ir a *guaitiar*. “A la hora de cazar, uno se montaba en la horqueta de un árbol, a la espera de los manaos [puercos de monte]; siempre se mataba el último, porque si no la manada no descansaba hasta que lo tumbaba a uno”. Al amanecer, echaban en aceite hirviendo grandes trozos de manao, al que la noche anterior le habían cortado las bolas para matarle el almizcle.

Con el sol escondiéndose por el cerro Tacarcuna, coronaban la loma y llegaban al campamento en Panamá. Los guardas saludaban amablemente y compartían una picada de carne de monte, pescado y queso de Unguía.

“Eran tiempos de paz, no era necesario pasaporte”, dice Jiménez. La partida de dominó avanza lento pues sus relatos acaparan la atención. “En esa época era normal llevar gringos que querían pasar la frontera, y algunos dicen que de ahí viene el nombre de Unguía. Cuando ellos llegaban a puerto decían, ‘Llévenme donde un guía’”.

En Balboa, corregimiento de Unguía, muchos viejos aún hablan de la visita de un médico a mediados de los años sesenta, quien se quedó en la zona atendiendo enfermos y logró tejer una amistad con el padre Alcides Fernández, líder colonizador de esas tierras y fundador de Balboa. Bernardo Correa, mientras hace una jugada de tapicú, sentencia: “Ese médico era el mismísimo Ernesto ‘Che’ Guevara”.

Al mediodía del tercer día, Arnulfo y su tropa llegaban al caserío de los tules en el Darién. El saíla Tumat salía a su encuentro, los invitaba a la casa mayor y en medio de chicha empezaba y terminaba el trueque. Al final de la noche las tulas quedaban vacías para llenarse de nuevo. La mercancía traída se

intercambiaba por cajas de loza china y dólares. Luego, esos dólares y gran parte de la porcelana se vendían en la otrora famosa “calle de la loza” en Turbo. Para Arnulfo, así empezó el comercio de cerámica de contrabando, ese que marcó por varias décadas al puerto antioqueño.

Sobre la mesa, las fichas de dominó permanecen intactas desde hace más de dos horas. Nadie se atreve a desbaratar aquella partida donde Arnulfo logró poner seis dobles sin pasar una sola vez y terminó con el doble seis. La noche llega a Unguía, y Arnulfo pega un grito: “Mija, trae el quinqué. Solo nos vemos los reflejos de los dientes”. Pleno siglo XXI, insiste, y Unguía sin energía ni agua, “eran mejores los tiempos viejos”, dice. Y después de soltar la frase, recuerda cuando a mediados de los años sesenta la Misionera, una avioneta, aterrizaba en la comunidad tule de Panamá repleta de norteamericanos, llegada con el mandato divino de evangelizar indígenas. “Los gringos fueron los que trajeron la droga y le dañaron el corazón a la gente. Las drogas ilícitas

empezaron a desplazar el comercio de medicamentos, loza y elementos para las faenas del campo”.

“En uno de mis viajes un pastor nos dijo que le trajéramos marihuana y que la pagarían a cincuenta dólares el kilo. Al inicio eran unos kilos por viaje, después vino la bonanza marimbera y se jodió esto. En 1968 llegó la chusma y desde entonces el Darién ha sido tierra de guerrillas, paramilitares y refugio de bandidos. Acá se escondieron Pablo Escobar, los hermanos Ochoa y los hermanos Castaño. Al comercio lo desplazó el tráfico de armas y de personas. Al chilingo (de *chilinguear*, por el movimiento de las tulas que colgaban de sus hombros) lo reemplazó el coyote”, relata Arnulfo. Y entre risas pícaras recuerda que en 1980 empezó a correr el rumor de que Turbay Ayala había legalizado la marihuana. “Hasta la policía del pueblo sembró, uno de los cultivos más grandes lo tenía el sargento. La primera cosecha se vendió en Turbo; después, para la segunda, vino gente de La Guajira a comprar; como era tan buena, el

precio era muy alto. Cuando vinieron a lograr la siguiente cosecha, la gente le metió piedras a los costales. Después vinieron como si nada y el pueblo, al verlos, se murió de la risa. Pagaron y se fueron muy de madrugada. Recuerdo que fue un domingo. Al lunes llegaron los proveedores de abarrotes de Turbo y los dueños de tiendas empezaron a pagar con fajos de billetes de quinientos pesos. Pero al recibirlos se dieron cuenta de que los billetes eran falsos. Esos cholos estafaron a todos y dejaron en el pueblo tres millones de pesos falsos. Yo aún guardo tres”.

Gabriel José le pregunta a Arnulfo si ese fue el año en que se quemó la boveda del puerto. Arnulfo suelta una carcajada y dice: “Nooo, mijo, eso fue en el 83. Fue la bodega de Osquitar Guerra, fueron 75 cargas las que había almacenadas, ese día se trabaron hasta las doñas de misa de seis”.

Arnulfo persiste en su tarea de sacar arena del río. Está seguro de que le tocará trabajar hasta el día de su muerte. Se cansó de esperar el subsidio para la tercera edad. Incluso, la finca que compró con los dineros de sus viajes está abandonada desde 1996, año en que entraron los paramilitares a la región.

“De afuera nos llegó dizque el desarrollo, que no es otra cosa que atesorar sin importar nada; eso cambió la mente a los jóvenes. Ellos en su afán de plata fácil llegan hasta a matar o encontrar la muerte. Lo de antes sí era riqueza, uno cultivaba un cuarterón y contaba con arroz para el todo el año; sembraba unos palos de yuca y unas matas de plátano, con eso ya tenía el sustento; la liga la daba el río o el monte y lo que hiciera falta uno se iba a barequiar, sacaba dos o tres pelusas de oro, y con eso lo compraba”.

El viento hace danzar las sombras proyectadas en la tierra por el viejo quinqué, la noche sin luna y la falta de energía permiten apreciar el paso de estrellas fugaces en el cielo estrellado del Darién. Entre risas y asombro las historias continúan. Arnulfo recuerda la llegada del teléfono, el aterrizaje por primera vez de un helicóptero y las peripecias del difunto Agapito para cumplir el sagrado deber marital de visitar, en diferente noche, a cada una de sus cinco mujeres. Al recoger las fichas y guardar la mesa queda en el aire el temor de que este Macondo sin contar se pierda en el olvido. ☹



Arnulfo Jiménez. Fotografía: Yennifer Mora.



Ciénaga de Unguía. Fotografía: Ferley Maussa Sierra.

TRAS LAS HUELLAS DE SIMÓN PÁEZ

El corazón no es más que una pera de carne
Helí Ramírez

S eis meses después de llegar a la montaña, adonde me vine a vivir con Diana en busca de un aire sano y un ritmo tranquilo, tuve que visitar al médico. La razón fue un preinfarto. Lo supe después porque si hubiera sabido en el momento lo que me pasaba en el mango no hubiera sido capaz de conducir una hora hasta el hospital más cercano: bajar rebotando quince minutos por carretera destapada hasta el corregimiento y de ahí 35 minutos de curvas en bajada hasta la loma de Robledo para seguir bajando, y luego diez minutos fatídicos de tacos y semáforos hasta llegar al Pablo Tobón Uribe completamente infartado, porque resulta que llegaba más rápido por la Facultad de Minas. Bajé groguí, como si me hubiera tragado un chito y se me hubiera ido por el camino viejo hasta el corazón, y me estorbara. El ataque, que fue leve, tampoco vamos a exagerar, me agarró arrodillado mientras mezclaba tierra con boñiga y compost en un cajón de madera. A esta altitud, 2610 metros sobre el nivel del mar, es común marearse si uno se pone de pie muy rápido, pero esto era distinto, era un dolor en el pecho. Diana estaba cerca, dedicada a desyerbar el plató de los árboles y arbustos que habíamos sembrado y que, por inexperiencecia, hicimos muy pequeños. Con las manos anudadas en el pecho la llamé y decidimos salir para el hospital antes de que se produjeran más réplicas o algo así, lo único que quería era estar en manos de los médicos. Hacía veinte años no los necesitaba, hasta ese día era un tipo sano y más ahora que mis tiempos de enclenque en la ciudad le habían dado paso a un cuerpo cada vez más vigoroso y dorado gracias a la mayordomía y jardinería al aire libre.

—Qué irónica es la vida —le dije al médico—. Me voy al campo a darle aire limpio a mis pulmones, a ejercitar mi cuerpo y mi alma con las labores más dignas, que son las de la tierra, a comer sano, a alejarme de los excesos y el trasnocho, y resultado preinfartado.

—¿De pronto tiene una rutina muy pesada?
—No, doctor, jardinería básica, algo de mantenimiento a la casa, salimos a caminar con frecuencia... yo no puedo hacer mucho esfuerzo porque tengo una hernia.

—¿En qué trabaja?
—Hago labores en el computador y lo que le digo.
—Cigarrillo, licor...
—Bah, a veces unas copas, cuando bajo a Medellín.
—Hoy no se las vaya a tomar.
—No, no, hoy no.

En el camino de regreso, pensaba con Diana qué actividad me podría estar perjudicando, o qué esfuerzo exagerado habría hecho, pero por más que pensábamos, no dábamos con nada: la mayor fuerza de lo que hacemos ambos está en las palabras.

—Bueno, al principio que estabas gomoso, guañabas, ¿esa cosa no es muy pesada?
—Vibra mucho y es muy ruidosa, pero no, uno solo queda con el hormigueo en las manos.
—Y me acuerdo que hiciste como doscientos huecos para sembrar los eugenios.

—Uy, sí... y la palacoca lo agita a uno en forma porque hay que cavar y morder en el mismo movimiento.
—Y toda la pica y pala que echaste para los huertos.
—Ahí era para que me hubiera dado el infarto.
—Es lo que yo no entiendo.

Cerramos el episodio con la promesa de estar más atentos y conscientes de las labores que estaba desarrollando, era incómodo sentirme especialmente observado cuando dejaba el computador para ir a dar vuelta al cultivo de marihuana o a preparar la melaza para el caballo o a cosechar fresas,

pero era necesario detectar cualquier mala práctica que estuviera poniendo en jaque mi órgano impulsor, mi vida.

Pronto pudimos determinar que dentro de la casa, lavar loza, cocinar, lavar un baño, barrer, no representaba ningún peligro. El mundo exterior era más complejo; cuando uno sale a hacer algo, corre el riesgo de irse quedando y se puede entretener horas con los fenómenos de la naturaleza que piden una mano para armonizar con el espíritu del hogar; también resultan tareas para hacer en el invernadero, en la bodega, en el parqueadero, y en medio del agite uno se puede sorprender cambiando de lugar una materia pesada, peinando una rosa o barriendo todo el pasto recién cortado. Pero como alerta natural, la hernia siempre ha funcionado perfecto: si el esfuerzo a realizar crispas los músculos del abdomen, lo aborto.

Con los días me sentí muy bien y nos olvidamos tanto del asunto que no nos percatamos de que una mañana dediqué varios enviones de fuerza para ayudar a sacar del lodo el camión de la leche. Lo empujamos entre ocho con un esfuerzo bárbaro, estaba bien atolado. Eran días de aguaceros y noches caliginosas. En la montaña, cuando apagamos la luz para irnos a dormir, la oscuridad es absoluta. Dicen que lo absoluto no existe, pero aquí la oscuridad no tiene dimensión, como si volviéramos cada noche al instante previo al Big Bang. Los nativos se acuestan con las gallinas y a las luces artificiales o astronómicas que quedan titilando en la inmensidad se las traga la niebla púrpura y espesa. Cada uno tiene una linternita en su nochero por si necesita alumbrar sus pasos, prender la luz de la habitación podría causar el efecto de un rayo. Y el silencio es perfecto, ambientado con ladridos a lo lejos, careaos a destiempo, gotas de rocío contra la pérgola, el ulular amenazante del viento; cuando cesan los ruidos y quiere ser absoluto se transforma en un pitido, un eco, que el mismo oído produce y la montaña misteriosa replica.

Una noche, como ya había ocurrido varias veces, Páez se metió a la casa y se enfrentó con Sapuca, nuestro gato negro, absolutamente negro. Como el intruso aún tiene sus testículos, la pelea es desigual. No se insultan en su lenguaje de bebés del tártaro, ni bufan, ni hay un cortejo del enfrentamiento: el intruso llega agresivo a ver qué hay en las cocas de la comida y casca al que se le atraviese. Por eso Tiñi, la gata, se esconde cuando huele sus pasos. El hecho es que, a esa hora de sueño profundo, porque siempre ataca durante el continio, los rugidos nos despiertan de una manera violenta. Yo me paro como si estuvieran matando a nuestro hijo que no existe, con gritos de ultratumba y el corazón en la boca, dispuesto a matar, pero torpe, sin espacio ni tiempo. Mi propio susto termina por espantarlo. Su nombre es Simón, pero por un inexplicable capricho de la mente le decimos Páez, Simón Páez.

Horas después, en el desayuno, me sentí un poco débil, no tenía fuerza ni para esparcir la mantequilla en el pan tostado.

—Mi amor, tengo como taquicardia...
—¿¿SI?!!... ¡Ej!... ¿Serán esas despertadas que nos pega Páez?

Epa. Apenas dijo eso traté de recordar un poco lo que siento en esos eventos, que siempre quedan como en el olvido, como si se hubieran vivido entre el mundo real y el onírico. Ocurren confusamente y allá quedan, la consciencia no tiene la suficiente infraestructura para traerlos de vuelta como tema de conversación.

—¡Eso es!, es muy posible porque yo siento esos rugidos dentro del corazón, como si lo desgarraran.

—Claro, el corazón pasa de la quietud del sueño a esos sustos tan repentinos.

por DAVID EUFRASIO GUZMÁN

Ilustración: Mónica Betancourt

—Por eso lo siento molido, aporriao, es como si saliéramos en el carro sin calentarlo, se le iría dañando el motor.

—Hay que hacer algo, un gato no te puede enfermar. Lo primero que hicimos fue caminar un kilómetro hasta la casa donde sabíamos que vivía Simón. Allí nos enteramos de que no estaba operado y que a duras penas iba a dormir o a comer algo. Que no lo podían controlar. No, ni más faltaba. Fue como ir a ponerle una queja a la madre de un hijo profesional de cuarenta años. De regreso recuperamos una bromelia que se había caído de un drago y nos encontramos con el enigmático hombre del hacha, un vecino.

—Ese atigraito es jodido, un tiempo se estuvo metiendo a mi casa a robarse la comida de los animales; yo salía y él se me enfrentaba, hasta que entré un pedazo de manguera y cuando estaba comiendo le metí unos juetazos, no volvió.

—Ah listo, gracias hombre leñador. Vamos a ver qué hacemos.

Dibujé un croquis para analizar movimientos y accesos. En la noche siempre dejamos la vidriera principal y la ventana del lavadero abiertas para la libre y espontánea movilidad de nuestros gatos entre el tibio interior y el salvaje frío de afuera. Atamos cabos y llenamos con deducciones algunos vacíos, Páez entra por la principal, cruza la sala, va hasta el fondo, come y huye por la ventana.

—Bueno, una opción es cerrar puertas y punto. ¿Se cierran puertas toda la noche!

—¿Y Sapuca y Tiñi?
—Que salgan de día.
—Esa sería la solución, lo dejamos mamando.

Pero algo no nos convenía, los gatos duermen toda la santa tarde y salen en la noche, sería muy injusto encerrarlos, privarlos de los extremos del día, que es cuando la naturaleza se absorbe a sí misma para producir sonidos, vida y muerte. Y cerrarles el restaurante tampoco funciona, sus caprichos incluyen comer de a poquitos cada hora.

—Ellos tienen sus horarios y hay que respetárselos...
—¿Te imaginás a Sapuca rascando la tablilla y llorando para que lo dejemos salir a las doce de la noche o a las cuatro de la mañana?

Tenderle una trampa y meterle un buen susto se perfilaba como la mejor opción. Si entraba y quedaba acorralado en el fondo, le daba un par de fuetazos con un viril de toro que nos regaló un vecino de 96 años que asegura que cuando estaba chiquito el zurriago ya era antiguo. Por si el enfrentamiento se daba en el zaguán y huía, dejamos en la entrada de la casa un puñado de piedras que alguno lanzaría para que le zumbaran las orejas y se sintiera bombardeado. Pero esa noche no apareció, ni a las siguientes. Decidimos dejar las piedras amontonadas en un rincón y cerrar la ventana antes de acostarnos. Sabíamos que regresaría tarde o temprano, pero no con tanta sevicia.

Después de comer a voluntad sin nadie que lo perturbase, aprovechando la ausencia de los gatos del hogar, se subió al poyo de la cocina a caminar entre las ollas y a abrir alacenas parado en las patas traseras. El ruido de la chocolatera al caer me despertó y como un automática me paré a ejecutar el plan; un quarapazo contra la ventana me albiriscó aún más. En su intento por escapar Simón dejó vibrando el vidrio y huyó al segundo nivel. Cuando subía con el viril de toro Diana salía de la habitación.

—¿Mñññ, dónde están los gaticos, mññ? —preguntó frotándose los ojos.

—Ey, ey, ¡despierta! No importa dónde, abrí la ventana para que tenga salidas, ¡está arriba! —grité pasito y nervioso, con el corazón machacándome como si el pecho fuera un mortero de sangre. Ella no entendía qué pasaba, habíamos preparado el

inconsciente para rugidos y peleas felinas, no para ruido de ollas y puertecitas, travesuras propias de los gatos nuestros.

Cuando remonté la mitad de la escalera y pude mirar a nivel del suelo con la linterna, iluminé a pocos centímetros el rostro guerrero de Simón Páez. Estaba debajo del sofácama. Recuerdo verlo excitado por la adrenalina, con babas escurriéndole por los colmillos, cicatrizado, la mirada torva, listo para huir o atacar, esperando algún movimiento mío para decidir el suyo. Ahí metido era imposible fustigarlo, entonces terminé de subir y lo espanté para que bajara y saliera. Lo ideal era que Diana lanzara el arsenal de piedras pero al darse cuenta de que era la fiera la que estaba en casa, prefirió resguardarse en la habitación. Y la comprendo, a mí también me dio mucho miedo estar frente a frente con ese animal y no me imagino sus garras y colmillos enterrados en mi piel.

—Parece más bien un gato montés, es demasiado agresivo.

—¿Cómo te sientes del corazón?
—Como magullado, pero ya me estoy acostumbrando.

—Prometo estar más despierta para la próxima.
—Yo me di cuenta porque vos sabés que cualquier cosa me despierta.

Haber estado en esa situación, a un paso de luchar con Páez, me recordó la vez que mi papá se enfrentó con una rata madre que me la tenía montada cuando salía a esperar el bus del colegio. No sé si mi rutina y la del enorme roedor simplemente coincidían, de pronto a esa hora ella conseguía el desayuno para las crías o salía a hacer sus necesidades o apenas llegaba de una noche de caza, pero siempre saltaba del desagüe del bloque a pelarme sus dientes, quizás el olor de los alimentos que iban soltando vapores por los intersticios de la lonchera la desesperaban y me veía presa fácil. El hecho es que mi papá me mandó de carnada para agarrarla a palo por detrás, y aunque no pudo conectarle ni un trancazo, la madre reaccionó con furia y los celos tuvieron que venir a ahuyentarla con machete y escobas. Definitivamente no quería volver a vivir una escena de esas.

—No, me cago, no soy capaz de atacarlo.
—Pero tenemos que hacer algo.

—Pues nos toca mantenernos en la misma estrategia hasta que nos levantemos más conscientes y podamos pegarle varios sustos, irlo desterrando, no veo de otra.

—¿Y si no funciona?, ¿con taquicardia toda la vida?
—Doloroso ver cómo me va matando lentamente, con estos agites ya debo tener el corazón desflecado como el de un tipo de ochenta años.

—Ay, no digas eso.
A partir de entonces empezamos a temerle a la noche. Aunque recién llegados cerrábamos la puerta del dormitorio para que los gatos no se metieran en la cama después de sus expediciones crepusculares, de las que llegaban emparamados, con las patas enlodadas, cadillos y hasta babosas, o con tERNOS presentes silvestres de larga y fina cola o lindo plumaje, decidimos dejarlos entrar para estar unidos los cuatro, para que encontraran refugio en caso de verse en peligro. El instinto de supervivencia nos decía que Simón Páez podía matarnos a todos, de un zarpazo o a paso lento.

Por esos días nos sentíamos como las víctimas de Freddy Krueger, nos daba miedo quedarnos dormidos porque ahí era que llegaba la bestia. Eran varios miedos: a interrumpir el sueño profundo abruptamente, el desgarro del corazón, el miedo genético y primitivo a la oscuridad, al animal enemigo, al depredador; una cadena de infortunios podría hacerme caer frito como un pollo, y también estaba el miedo a que les pasara algo a nuestros gatos. Me era muy difícil conciliar el sueño, esperando que llegara Páez. Pasaban las horas y de pronto sentía que llegaba Sapuca o la Tiñi. Si no duermo va a ser peor, pensaba ahí, dando vueltas en la oscuridad sideral, con cuidado de no caer de la cama a un agujero negro. Los gatos empezaron a acompañarnos más, sentían nuestro temor. En noches de desvelo, la Tiñi se



encaramaba en mi pecho y ronroneaba sobre mi corazón para sanarlo. En medio del silencio, escuchaba el ronroneo y pensaba que así mismo debía sonar el universo, un crepitar gaseoso e infinito después de la gran explosión. Después de horas en duermevela llegaba el momento, con el canto de los primeros gallos, en que caía profundo.

—El universo suena como el ronroneo de un gato —le dije a Diana, esperaba descrestarla pero no me paró bolas.

—Y no volvió nuestro tormento, pues...
—Hm hm, seguro se pilló que le íbamos a dar unos manguerazos —dije manguerazos pero los dos sabíamos que me refería a latigazos con el mítico viril.

Un día tuvimos que bajar al valle. Salimos en el carro y cuando bordeamos la casa donde vivía Páez lo vimos tomando un baño de sol en el murito del corredor. Frené en seco.

—Míralo, míralo —Páez estaba a pierna suelta, pero al escucharme adoptó la posición sigilosa de gallinita empollando.

—Te reconoció la voz —dijo Diana. De pronto era cierto, la vez del sofácama me había escuchado hablar muy cerca y según ella, yo no me acuerdo, otra vez le había gritado desde la ventana mientras se esfumaba en las tinieblas, “un día de estos te voy a matar, hijueputa”.

—¿Qué hacemos? Está en su territorio...
—Ay, tan lindo...

—No joda, ya te enamoraste del enemigo —chisté y chirrié las llantas contra el cascago.

Páez no volvió a aparecer por la casa. Como los gatos seguían trayendo naturaleza viva al lecho, clausuramos de nuevo la entrada al dormitorio. La ventana del tendedero se seguía cerrando y las piedras ya hacían parte del paisaje; si de pronto regresaba con sus pasos de tigre la idea era tratar de

pegarle el susto. Decirle a través del lenguaje de la agresión que no era bienvenido. Pero no volvió y las arritmias desaparecieron.

El asunto me inquietó de nuevo una mañana que me encontré con Migajita, un campesino que vive a unos trescientos metros, pero sus potreros lindan con nuestro terreno. Risueño y curioso me preguntó qué era lo que estaba haciendo en estos días metido en el bosque a las cuatro y media de la mañana con una lanza.

—¿En el bosque yo, a la cuatro de la mañana, con una lanza?

—Sí, don Ufragio, yo salía a ordeñar y usted salía del bosque con un palo de esos que la señora suya les pone a las matas de frijol.

Me reí y preferí no preguntar, no fuera que me empezaran a tildar de loco en la vereda. Mientras iba corriendo a contarle a Diana, recordé que hace poco me dijo que uno de los palos largos del huerto había desaparecido. Interrumpí sus escrituras sagradas.

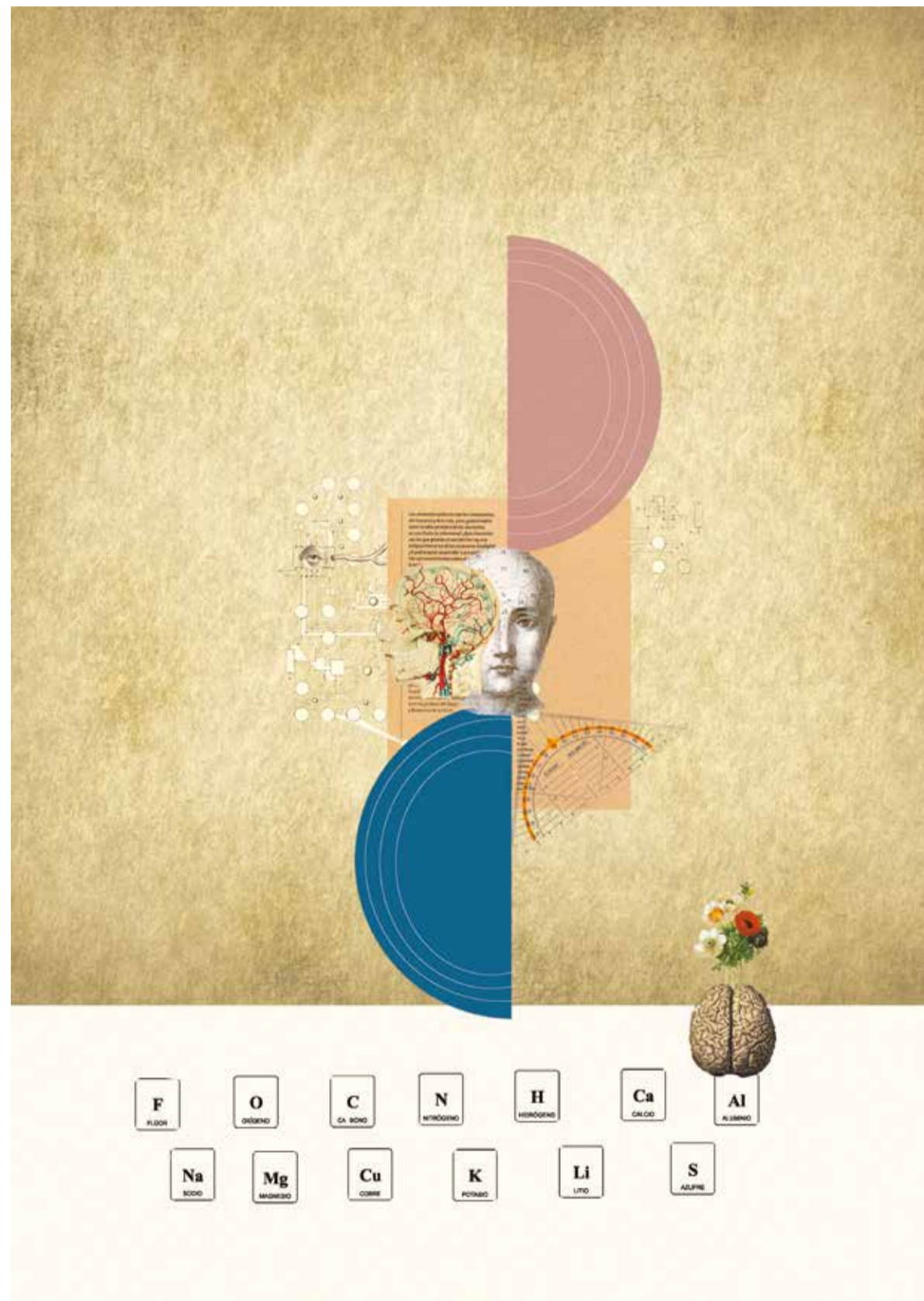
—¿Viste si en estos días me levanté en la madrugada? —rogué para que se acordara de algo, pero esas horas suelen quedar en el silencio eterno del olvido, o como en el poema de José Manuel Arango, en las rojas cavernas donde habitan las bestias terribles de un sueño, que es tuyo, que te signa... el sueño arcaico que a la mañana no recuerdas.

—Hm, vos sabés que no me doy cuenta de nada.

A los pocos días aparecí con unas irritaciones en los brazos, según los campesinos era una reacción alérgica a un árbol que abunda en estos bosques: el manzanillo. Quince días con rasquiña. ¿Cómo puedo explicar esto? No sé, pero parece que ha sido en lo más primitivo donde he estado resolviendo mis miedos. Quiero darles caza. Quiero brotar de la montaña misteriosa, embozado en la niebla, con el enemigo colgando de mi mano. Quiero ver la cara de alivio de mi manada. ©

CUESTIÓN DE QUÍMICA

Un juego con la tabla biológica



por GUILLERMO CARDONA

Ilustración: Fragmentaria

Como reza el viejo y desconocido refrán, lo difícil no es hacer la paloma, sino ponerle el pico y que coma. Porque nada más fácil que, para empezar, cotizar en el mercado los elementos que conforman el cuerpo humano. Si quisiéramos una persona de cualquier sexo, digamos de setenta kilos, podríamos adquirir todo lo necesario por unos US \$160, poco menos de quinientos mil pesos colombianos.

De esos setenta kilos, 65% sería oxígeno, 18% carbono, 10% hidrógeno, 3% nitrógeno, 1,5% calcio, 1% fósforo, 0,35 de potasio, 0,25 de azufre, 0,15 de sodio, 0,05 de magnesio, más muchas trazas de otros elementos, casi insignificantes pero que al omitirse podrían dejar el pequeño experimento en un monstruo.

Palabras más, palabras menos, nuestro organismo requiere:

Flúor, para el esmalte de los dientes.

Cloro, que interviene en la ósmosis y en la transmisión del impulso nervioso.

Manganeso, presente en pulmones, riñones, hígado, tiroides, cerebro, músculos y corazón.

Hierro, que integra la hemoglobina y pinta de rojo nuestra sangre.

Cobalto, un anticancerígeno natural cuya ausencia produce además trastornos en el crecimiento y anemia.

Cobre, para estimular el sistema inmune.

Zinc, sin zinc no cicatrizan las heridas y se verían afectados el gusto y el olfato.

Molibdeno, esencial para transferir átomos de oxígeno al agua que se encuentra dentro de nuestro organismo para que no se convierta en agua de florero.

Yodo, fundamental para el metabolismo celular.

Litio, un muy necesario antidepresivo presente en el cerebro; se le suministra a pacientes con trastornos maniaco-depresivos severos.

Aluminio, incrementa la vitalidad cerebral y actúa sobre el sistema nervioso central. Se considera además que contribuye a regular el sueño y otras funciones fisiológicas de ritmos circadianos, vale decir, en períodos de veinticuatro horas.

Azufre, presente en los aminoácidos.

Sodio, por algo la sangre, la orina, el sudor y otros fluidos corporales nos parecen algo salados.

Para finalizar, bastarían unos finos toques de bromo, estroncio, neón, argón, escandio, níquel, galio, kriptón, rutenio y algunos otros más cuyos nombres apenas distinguimos, y, de colofón, un elemento que saca lo peor de nosotros y que también llevamos en una proporción ínfima pero decisiva en nuestro cuerpo: el plomo.

Eso sin contar otros pocos miligramos de elementos aún más insólitos en la química orgánica como la plata y el oro, metales preciosos que todavía no se sabe muy bien qué función cumplen en nuestro organismo y cuyo valor, para fabricar un cuerpo humano, es insignificante comparado con el precio total.

Lo más costoso sería el potasio, seguido de lejos por el cloro, el oxígeno, el rubidio y el flúor. Elementos como el zinc, el hierro y el fósforo usted los podría adquirir con calderilla. Y otros como el molibdeno, el cadmio y el xenón, sin importar su precio en el mercado, serían algo complicados de conseguir.

Al menos en teoría, todos esos elementos de la tabla periódica son inertes. No pueden moverse por sí mismos, ni multiplicarse ni mucho menos hacerse preguntas sobre su propio origen. Salvo cuando se combinan de cierta manera y en cierta proporción, dando lugar a algo tan exótico, extraño, caótico e impredecible como un muy organizado trozo de materia pensante. Un ser humano común y silvestre, hecho de fragmentos de estrellas colapsadas, estrellas que a lo mejor —como diría el poeta—, a través de esa exacta combinación de los mismos elementos que se cocinan en sus poderosos hornos termonucleares, tienen la curiosa posibilidad de observarse a sí mismas. ©

FORO

PENSAR LA CRÓNICA ROJA

HOMICIDIO Y CRIMEN ORGANIZADO

ABRIL 10 EAFIT
Auditorio Bloque 38-101

ABRIL 11 BPP
Auditorio Torre de la Memoria

Entrada libre hasta completar aforo

Apoya

bpp
BIBLIOTECA
PÚBLICA
PILOTO

Organiza

universo
centro

Informes: www.universoconcentro.com
universoconcentro@universoconcentro.com



ELLA & PTTR ©

Antonio y las estrellas

Retrato de esquina sobre terraza

Alianza Francesa de Medellín - Sede Centro

Marzo - 2019

AUTOBIOGRAFÍA

por JUAN CARLOS ORREGO

Ilustración: Manuel Celis Vivas

Hasta septiembre de 1992 yo tenía la idea de que Adolfo Bioy Casares era un amigo gris de Jorge Luis Borges, acaso otra más entre las sanguijuelas que habían chupado de la fama del Homero argentino al prestarse como sus amanuenses. Pero una noche de los referidos mes y año, el azar me puso frente al televisor justo cuando pasaban la entrevista que Margarita Vidal le había hecho a Bioy un año atrás y que se incluyó en la galería de Palabra mayor, el mejor programa de literatura emitido alguna vez en la televisión colombiana. El director de la serie era R. H. Moreno-Durán, quien en su tiempo libre también escribía novelas.

Aunque recuerdo muy poco de la entrevista, no olvidó el momento en que Vidal trajo a colación la palabra usada por Borges para calificar *La invención de Morel*, la novela que Bioy publicó en 1940, a sus 26 años: “perfecta”. Al otro día, cuando llegué a la Universidad de Antioquia —por entonces hacía el segundo semestre de Antropología—, pasé directamente a la biblioteca y saqué uno de los dos ejemplares de la obra, y solo cuando aseguré ese botón me sentí lo suficientemente envaletonado para llegar tarde a la clase de Etnología I, impartida por la muy respetable y severa Sandra Turbay.

La novela no desmereció el adjetivo borgiano. Se trata de la historia de un venezolano abandonado en una isla polinésica, y quien debe resolver el enigma planteado por dos lunas que cruzan el firmamento y unos hombres que aparecen de vez en cuando y que parecen no verlo ni oírlo, indiferencia que el protagonista resiente sobre todo en Faustine, una hermosa joven a quien el naufrago topa en circunstancias que parecen repetidas. Al final, el lector encuentra un desenlace que se antoja perfecto por tratarse de la explicación satisfactoria de una trama ingeniosa, a la que se suma una conclusión conmovedora por su fina melancolía. Se entenderá que al otro día de pasar la última página estaba de nuevo en la biblioteca, de cuyos estantes arranqué otro de los títulos que habían sido promovidos en la entrevista: *Diario de la guerra del cerdo*. Aquella vez llegué tarde —o ni siquiera fui— a la clase de Arqueología I que dictaba la dulcísima Priscilla Burcher.

Pero mi segunda vez con Bioy no resultó tan gratificante como la primera: *Diario de la guerra del cerdo* es, realmente, un síntoma de la primera chochez del novelista, quien a los 55 años imaginó la sosa fantasía de una guerra de jóvenes contra viejos, coyuntura en la que Isidoro Vidal —el protagonista— vive un amor otoñal un tanto inverosímil. Apenas me llamó la atención un dato banal y anacrónico: que el viejo es hincha de Excursionistas, un club antiquísimo del fútbol argentino, actualmente en la Primera C. Me olvidé del autor por algunos meses, y cuando agarré la tercera novela, *Dormir al sol*,

yo mismo estaba enfrascado en un amor universitario sumamente verosímil. Guardo un recuerdo proustiano, fino e indeleble, de aquella época: habían llegado las vacaciones de fin de año, debía cuidar la casa de un antiguo entrenador del Medellín y, mientras se llegaban los días de verme con mi musa, me entretenía leyendo la historia de Lucio Bordenave y su esposa Diana, cuya alma es trasplantada en el cuerpo de una perra por un neurocirujano desquiciado. Esa nueva historia de amor de Bioy alcanzó realmente a conmoverme, como lo hicieron los otros libros que leí mientras ganaba, definitivamente, el corazón de la estudiante de Antropología que me sorbía el seso: *El sueño de los héroes* y *Plan de evasión*, esta última encontrada en el rincón más remoto de la biblioteca de Comfenalco; una biblioteca que yo percibía como enemiga en razón de

lo pretencioso de su reglamento, precursor de la cultura metro que poco después aplastó la ciudad. Pero por leer una novela sobre la sensibilidad atrofiada de unos presidiarios bien valía la pena colarse en ese fortín moralista.

En abril de 1994, tras recibir uno de mis primeros sueldos como guía de museo universitario, fui a la Librería Científica para comprar un ejemplar de *Una muñeca rusa*, una colección de cuentos de Bioy que acababa de publicar Tusquets bajo la sugestiva carátula de un hombre, con saco y corbata, que se hundía sin remedio en una oscura masa de agua. Recuerdo bien lo que sucedió: fui al Banco Popular del Parque de Berrío, cobré un cheque de \$67 000 y salí por Palacé hacia Boyacá, por donde, tras doblar en la esquina de la Candelaria, debía subir hasta la mitad de la cuadra. Cuando apenas empezaba a avanzar por la acera del costado de la iglesia, un hombre perfectamente vestido —como el de la carátula— cruzó mi camino y se perdió por un pasillo comercial que iba a dar a la avenida Primero de Mayo,

pero no sin que, de una valija que llevaba, cayera un fajo de billetes de grosor cinematográfico. Un gordo que caminaba a mi lado se agachó sin pérdida de tiempo y echó mano del botín, que guardó con celeridad en el bolsillo de una chaqueta. Entonces, sin dejar de caminar junto a mí, me preguntó:

—¿Nadie vio, cierto?

—No —le dije, un tanto turbado por el golpe de suerte ajena que había rebotado contra mis zapatos.

—¿En serio? —insistió el otro, sin que comprendiera su tozudez de acompañarme en momentos en que yo, de estar en su lugar, hubiera preferido esconderme bajo una piedra. Cuando llegamos a la altura de la librería, y muy a pesar de que no lograba entender la sociabilidad del otro —o precisamente por eso—, no tuve problema en apagar el incipiente brote de codicia en la frescura de las aguas de la carátula de los cuentos de Bioy, a la sazón exhibida en la vitrina. Dueño de mí mismo, me despedí del gordo con las palabras más amistosas que se me ocurrieron:



—Qué tan de buenas ome. Hasta luego.

Así pues, una muñeca rusa me salvó de un paquete chileno. Se entiende perfectamente que aquellos estafadores no pudieran prever que su víctima se desviara en la primera librería del camino, atraída más por los folios de imprenta que por los papeles de banco.

Pasaron tres años, que es lo mismo que decir que compré la novela *Un campeón desparejo* y los libros de cuentos *El gran serafín* y *Una magia modesta*. En el mismo tiempo, terminé mi carrera y conseguí trabajo. Transcurría este en una oficina de investigadores en informática educativa, lo cual hizo que muy pronto fuera yo un adicto a las tertulias virtuales de las “listas de interés”, en plena Edad de Oro del correo electrónico. Pues bien, en una de esas —acababa de empezar 1998— contacté profesores y lectores argentinos, ante quienes no tuve empacho en confesar mi pasión bioycasariana; es más: incluso por confesársela discurrí la idea de escribirle una carta al ídolo. Pensé una por una las líneas con que debía manifestarle mi emoción ante sus páginas y mi agradecimiento por compartirme su genio, todo ello de la manera más original y divertida, a salvo de patetismos y lugares comunes. Así lo hice —o, mejor, así creí hacerlo, aunque me parece sospechoso el hecho de haber olvidado, hoy, lo que por entonces puse en el papel—, y eché la carta al buzón confiado en recibir, alguna vez, una fina esquila de respuesta. Uno de los foristas de la lista de interés me había proporcionado los datos de rigor: “La dirección de Bioy Casares es Posadas 1650, en Recoleta. Tiene mucha guita”. No supe interpretar, en su momento, lo que había tras la advertencia no pedida sobre la riqueza del escritor. La respuesta nunca llegó.

Hace veinte años exactos, el 9 de marzo de 1999 —no había pasado mucho tiempo desde mi fracaso epistolar— me ericé de pies a cabeza cuando leí, en un periódico virtual que ojeaba en mi oficina, una noticia lacónica pero contundente: “Murió Bioy Casares. AFP. Buenos Aires. Adolfo Bioy Casares murió ayer a los 84 años debido a una serie de complicaciones coronarias agravadas por su edad. Junto con Ernesto Sabato y los fallecidos Julio Cortázar y Jorge Luis Borges, integró la pléyade de los más ilustres hombres de letras de la Argentina. Estaba casado con la escritora Silvina Ocampo”. El hombre es criatura mezquina: mi sobresalto se convirtió pronto en alegría sentimental, toda vez que me sentía poseedor de un secreto valiosísimo. Yo era uno de los pocos iniciados en la obra de Bioy que había en mi ciudad —en Medellín son todavía legión los borgianos y los cortazarianos—, y debía afrontar la misión de escribir sobre el autor de *La invención de Morel* e iluminar, con ello, la vida de los herejes. Entonces, por primera vez en mi vida, me di a la tarea de escribir un artículo para publicar en la revista cultural más prestante de la villa: la *Revista Universidad de Antioquia*. Escribí diez cuartillas sobre la predilección de Bioy por las historias de amor, todo lo cual —según pensaba yo en aquella época— lo distinguía del misógino Borges, de quien era algo más que un amigo gris o una sanguijuela de su fama.

El viernes 26 de marzo, cuando moría la tarde y estaba por comenzar la Semana Santa, me presenté en la editorial universitaria con el artículo en un sobre cerrado, dirigiéndolo a Héctor Abad Faciolince, quien, sin yo darme cuenta, hacía al menos tres años que no era más el director de la revista. La secretaria me informó que el jefe era Elkin Restrepo, y sin darme opción de decir nada se volteó y gritó por encima de la división modular: “Profesor Elkin, lo busca un muchacho!”. Alcancé a tachar el nombre erróneo antes de que, sonriente, el verdadero director se arrimara para darme la mano, preguntarme quién era y qué hacía y, por supuesto, recibirme el paquete. Me llamó tres semanas más tarde para anunciarme que el comité había aprobado el artículo, y en la manera como lo anunció intuí que él había encontrado gracia en las que debieron parecerle las páginas de un lector obsesionado y, por eso mismo, cándido. No me importó, porque desde entonces no solo conté con un nuevo amigo sino que empecé a escribir sobre literatura. Todo gracias a Adolfo Bioy Casares. ©



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

VIRUTAS

“Como este pájaro que espera para cantar a que la luz concluya...”. Escribió alguna vez la poeta uruguaya Ida Vitale ese verso cargado de sugerencias. Todo gran verso es un abridor de puertas; ¿cuál eliges, lector? La mía, no la digo. Ni lo hace la autora, por supuesto. Se escribe para callar.

Dice el español Andrés Trapiello (*Do fuir*, Ed. Pre-Textos): “En realidad todos los chicos hablan dos idiomas, uno, fuera de casa, para entenderse entre ellos y con sus amigos, y otro con sus padres”. Adhiere el cronista a esa teoría, que además parece complementar una modesta teoría suya: entre las muchas diferencias que marcan las clases sociales, resulta esencial el lenguaje. El pequeñoburgués ignora cuál es el de ese plomero que ahora arregla los grifos de su apartamento; o el de ese futbolista que, ante las cámaras de televisión, se esfuerza por usar con solvencia el discurso de “los cultos”. Mi amigo X, aspirante a novelista que compartía esa opinión, me confió alguna vez su proyecto de implantar en un bar proletario unos cuantos micrófonos ocultos, y dejar que, noche tras noche, recogieran las hablas de sus contertulios; saldrían de allí, aseguraba, estupendos materiales novelísticos, adobados con frases y estructuras lingüísticas nunca antes registradas por nuestra académica ignorancia. X se dedicó a otras vocaciones, y seguimos a la espera de su novela.

En ese mismo libro narra Trapiello un viaje a La Habana, cuando vivía el país su momento más ruinoso. Una noche caminaba con un poeta cubano por un barrio espectral, sombra apenas de lo que había sido. El poeta señaló una casa, protegida por un jardín. Tras una ventana sin cortinas, una anciana, sola, parecía leer o meditar; el cubano le informó que era Dulce María Loinaz, y le preguntó si quería conocerla. “Somos buenos amigos”, dijo. Trapiello declinó la invitación, no quiso profanar aquella soledad. Nos dejó a cambio esa imagen, quizás la más entrañable de su viaje.

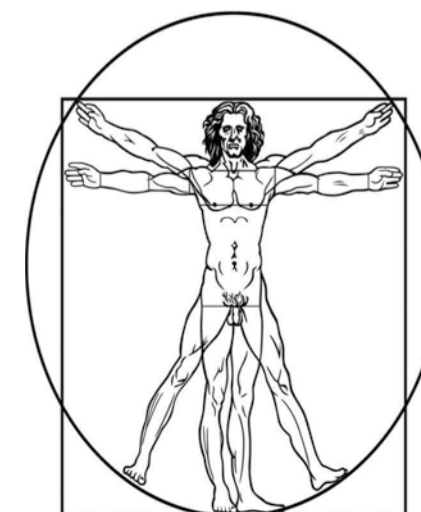
Veo en la tele un documental sobre Paco de Lucía. Cuenta este la segunda vez que oyó cantar a Camarón de La Isla (antes, siendo Camarón casi un niño, Paco, a pedido de alguien, le había dado el beneficio de la duda). Esta segunda vez (el lugar, un huerto sevillano, la hora, la madrugada), el guitarrista hizo unos acordes, el cantaor cantó, y Paco sintió que algo había ocurrido en el universo. No fueron esas sus palabras —son palabras de Borges—, pero sí lo que sintió.

Por cierto, en la película *Calle 54*, de Fernando Trueba, el cantaor Niño Josele y la banda de Chano Domínguez hacen del flamenco y *la latin jazz* un matrimonio feliz. No es país para Cigalas.

CODA

Un bel finale (Andrea Mejía):

“Hay momentos muy bellos en la novela. Hay momentos también devastadores. Y la escritura sabe siempre estar ahí. Se hace pequeña en los momentos pequeños, crece y llega alto en los momentos de mayor intensidad vital. Permanece fiel al dolor y a la belleza. Eso es algo en verdad muy difícil de escribir”. ©



VICTOR AGUDELO E.

Medicina alternativa

Manejo del dolor agudo y crónico

Citas: 321 696 3676
vagudelo@hotmail.com

CURSOS BARISTA Y APERTURA TIENDA CAFÉ

Info: whatsapp 316 6681182 - maxicafe Medellin@gmail.com



Adelfa y las leyes de la termodinámica

por ADELAIDA VENGOECHEA

Ilustración: Matilde Salinas

Comprender el comportamiento de los millones de elementos que conforman todos los sistemas de este mundo siempre será una tarea titánica. A mí me tomó la medio bodadita de 42 años, un viaje a la porra y tres kilos de más entender de qué es lo que tratan las famosas leyes de la termodinámica, que al fin de cuentas son las que nos explican cómo se conduce la energía de todo cuanto vemos. Si las aplicamos a la vida cotidiana, el asunto no resulta tan complicado.

Existe un concepto crucial para la química y la física que un tipo llamado Rudolf Clausius denominó entropía, y, aunque es putamente difícil de asimilar en mentes como la mía, que ayuda a entender por qué los procesos físicos se comportan de determinada manera y no de otra: ¿por qué el hielo se derrite?, ¿por qué la mantequilla se esparce suave en la arepita caliente?, ¿por qué el café hirviendo emana un aroma tan sabroso?, ¿por qué Elisa no se toma la puta sopa?

La entropía es básicamente una medida del desorden de un sistema. A ver si me explico un poco porque rara vez logro siquiera entenderme: mi vida cotidiana es bastante organizada; practico una rutina sencilla y predecible y empleo por lo general una energía mínima para mis movimientos calculados. Se podría concluir entonces que en mi vida de los días normales la entropía es escasa. Excepto a la hora de la comida de la hija de catorce, instante que el difunto Clausius podría comparar con un desastre natural a un nivel de entropía (caos, desorden, desespero) jodidamente alto.

Cuando llamaron a contarme que mi vieja Adelfa —aquella mujer callosa y chaparrita que invirtió la energía de sus años fuertes sirviendo a toda mi familia la puta sopa y que después se llevó sus achaques y sus callos a un pueblo cafetero en las montañas de Antioquia— se cansó de vivir y decidió echarse en una cama a dejar de comer y a dejar de hablar, los elementos que componen las células de mi sistema nervioso se desorganizaron todos generando un caos monumental. O sea, según Clausius un nivel de entropía el hijueputa. Y fue entonces cuando empaqué maletas y decidí dejar mi vida organizada en La Florida y largarme para la porra a visitarla.

Tuve la gran fortuna de cantarle el feliz cumpleaños el día que celebramos sus 87, y aunque cuando llegué a su casa no me reconoció de inmediato, desde el momento en que supo que aquella loca despelucada que la estaba abrazando fuerte era yo —¡ay mariadelaidita bendita!—, las dos magnitudes tendieron a igualarse para encontrar el equilibrio y requirieron de una transferencia de energía: ella me transmitió sus deseos de que yo me quedara, y yo le transmití los míos de quedarme. Y entonces me hospedé en el hermosísimo Hotel Posada La Porra, justo en el corazón de

Concordia, a una cuadra y media de la casa de Adelfa.

La primera ley de la termodinámica establece que el calor es la energía necesaria para compensar las diferencias que se dan entre el trabajo y el calor interno que lo produce. En primaria básica la profesora de ciencias nos explicaba que la energía no se crea ni se destruye, sino que se transforma.

Adelfa se gastaba toda su energía haciendo su mejor esfuerzo para darme la puta sopa en mis tiempos de pañal y moco chorreado, y yo ahora me gastaba la mía tratando de darle el puto almuerzo en sus tiempos de incontinencia, paso lento, sordera y ceguera, y baba chorreada. Toda energía se transforma, y en *El rey león* de Disney, por ejemplo, a esta ley la representan como el ciclo de la vida.

La segunda ley de la termodinámica indica que no es posible que el calor fluya desde un cuerpo frío hacia un cuerpo caliente si no se produce un trabajo que genere este flujo: todo tiende al desorden de forma natural y solo es

posible ordenarlo con la adaptación de una energía útil, pero es imposible convertir toda la energía de un tipo en otro sin ningún tipo de pérdidas.

En mis días concordianos comí sin dios ni ley pues tuve la suerte de ser recibida y agasajada en la casa de Adelfa y en todas las casas vecinas con sus delicias gastronómicas altas en calorías y grasa. Puro revuelto campesino: papas, yucas y plátanos verdes y maduros, todos sembrados y cosechados en las fincas vecinas, quesito, cuajada y suero que cocía doña Oliva con la leche del ordeño matutino. Mucho café y aguapanela. Y aguardiente también, jueputa, porque pueblo sin aguardiente es como amor sin beso y arepa sin queso. El efecto termodinámico fue entonces un desorden natural de tres kilos extra que a mis 42 años vienen siendo imposibles de revertir sin la intervención de un trabajo externo: la dieta Keto y Crossfit Xtreme con Marcus el bárbaro.

Concordia es el pueblo perfecto, situado a una altura y temperatura ideal

para aliviar artritis, huesos desencajados, asma, depresiones, ganas de largarse para la porra y demás enfermedades que acechan a las almas raídas. Los días se mueven al paso de arrieros y mulas, lentos y sin afanes, bajo un cielo azul interrumpido por el verde de los cafetales y un sonsonete continuo de música diversa en la que los ritmos tropicales y de deshecho se mezclan como la brisa en el café a la hora del secado. Y su gente es cálida, amable, conversadora. En este rincón del mundo donde no pasa casi nada todo se va sabiendo y las emociones cambian de la misma forma que el chisme se olvida: a Alcírta, la de la tienda de abarrotes, se le dañó la caja de dientes ayer y el dentista no aparece. Cuentan que el nieto de doña Eunice anda en malos pasos; y parece que a la hija de don Tulio, el carnicero de la esquina, se la llevaron por allá para un matarral y le dañaron eso. Y ya sabemos que eso nunca se va a revertir por más calor y energía que le trabajen según las putas leyes termodinámicas.



La tercera ley termodinámica dice que al llegar al cero absoluto cualquier proceso se detiene, aunque en la práctica es imposible alcanzar este punto porque el calor siempre viaja del objeto de mayor al de menor energía, y cuando ya casi se está acercando al cero, el objeto recibe energía del ambiente impidiendo que se enfríe por completo. En teoría, al llegar al cero absoluto la entropía alcanza un valor mínimo y constante. O sea que no hay desorden ni caos.

Un martes de vientos frescos y sol brillante armamos paseo para la finca familiar, en la vereda Palo Santo a media hora del pueblo, de donde salió Adelfa hace muchos lustros a buscar futuro trabajando en los quehaceres domésticos de una casa en la capital de Antioquia. Contratamos en la plaza del pueblo un jeepao, el principal medio de transporte en estas tierras montañosas de campesinos y arrieros, para que nos llevara a Adelfa, a su familia y a mí, y nos pasara a buscar cuatro horas después a ese rincón muy cerquita del ombligo del mundo. Hablando en términos termodinámicos, el jeepao nos acercaría al punto cero, donde no existe nada de caos ni desorden. Entropía nula como diría el viejo Clausius.

La vía que conduce de la plaza de Concordia a la vereda Palo Santo es una serpiente sin pavimentar rodeada de verdes de todos los contrastes, perros vagabundos y cielo impecable. Pareciera que este lugar intercambia energía y trabajo con sus alrededores, pero no hay intercambio de materia y eso haría que los físicos lo consideren entonces un sistema cerrado. En los sistemas cerrados la temperatura aumenta con cualquier trabajo o movimiento. El polvo de la carretera se levantaba dejando una estela amarilla, los árboles se mecían con el corte del viento al paso del vehículo y los perros jadeaban y corrían persiguiéndonos. Ese era el mayor nivel de entropía que se podía experimentar en el trayecto a Palo Santo.

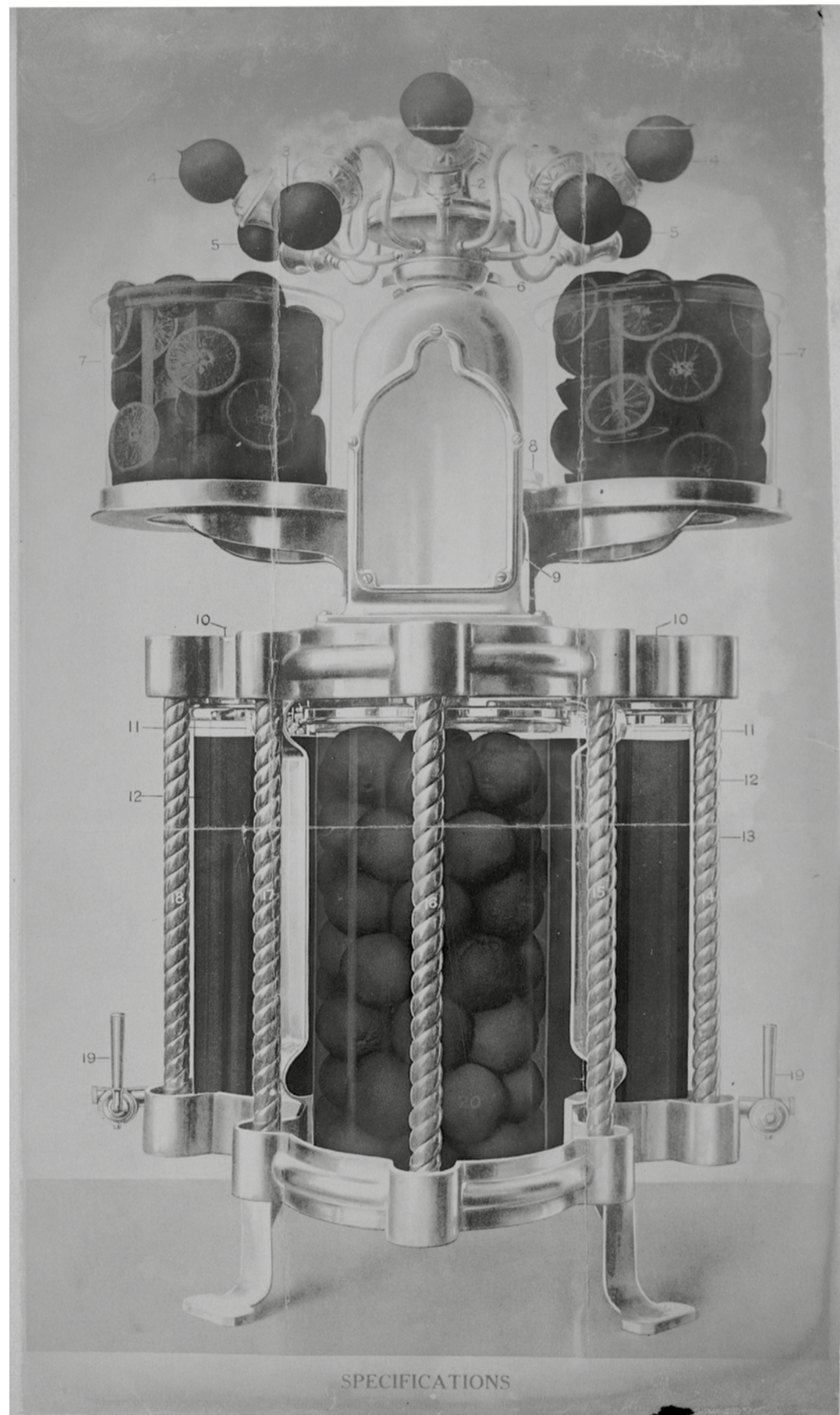
La finca es una casita de bahareque, muy pobre y muy destruida, ubicada en un punto perdido donde solo se ven plantas. Los físicos la compararían con un sistema prácticamente aislado donde no se intercambia ni materia ni energía con sus alrededores, lo que hace que la energía se mantenga constante. Pasa que, como dice la tercera ley, por más que se acerque al punto cero, el sistema siempre tenderá a recibir energía del ambiente. Y entonces llegó el jeepao con su música a todo volumen, sus pasajeros contentos y hambreados a alborotar las gallinas y sus pollos, y los perros viejos que dormían como sistemas cerrados, y a saquear sus platanales para asar maduros en el fogón de leña olvidado en una esquina.

Adelfa y yo fuimos felices. Nos mimetizamos en el sistema y nos olvidamos del mundo. Disfrutamos del viento, del olor a café, del trino de los pájaros y del tiempo pausado. Experimentamos el menor nivel de caos y desorden y estímulos negativos que en cualquier otro espacio podríamos vivir. Recordemos ese instante de cuatro horas como uno de nuestros momentos de corrientes energéticas positivas que nos acompañarán en la mente siempre que necesitemos recargarlos.

La ley cero de la termodinámica la enunció un tal Maxwell después de estar estudiadas y comprobadas las tres primeras leyes. Dice que si un sistema A está en equilibrio térmico con un sistema B y el sistema B está igual al sistema C, entonces el sistema A estará también en equilibrio con el sistema C. En ninguna parte del mundo he podido encontrar otro sistema tan complejo y fascinante como el de Adelfa. Por eso, quienes la conocemos sabemos que es única y que su vida marcará nuestro futuro de la misma manera que marcó nuestro pasado.

Me despedí de Adelfa. Las dos lloramos pero sin querer que la otra se diera cuenta. Nos dijimos que pronto volveríamos a vernos sabiendo que es muy posible que el fin de la vida, incomprensible y despiadado, se pase por el forro cualquier ley termodinámica, y la energía de ella se acabe. Al menos en el sistema que yo habito. ©





El amanecer de las máquinas

Todos hemos visto un exprimidor de naranjas. Existe el de plástico ordinario que se pone sobre la jarra para que el líquido escurra adentro. O el electrodoméstico, que suena en las mañanas en casi todas las casas de clase media del mundo. O el minimalista que diseñó Philippe Stark; un objeto tan estilizado que él mismo reconoce que no sirve para nada, pero que se exhibe como ícono del diseño en el Museo de Arte Moderno, ubicado en Nueva York. O el metálico de palanca, con el que a puro brazo vuelven jugo las naranjas apiladas en pirámide de las carretillas del Centro y llenan peceras con hielos que se pescan con cucharón. En fin, todos hemos visto un exprimidor de naranjas. Pero no uno como el de la foto: parece una lámpara de araña, un escarapate de la abuela, una máquina del tiempo de H. G. Wells. La imagen es una reproducción fotográfica a partir de una ilustración, que seguro estaba impresa en algún catálogo de mercancías extranjeras de los que llegaban a Medellín al despuntar el siglo XX, cuando todo era importado. En la foto se ve, incluso, la seña desgastada del doblez de la lámina. Mirándola de cerca surgen pequeños números que señalan las partes del aparato. Es decir, en otra hoja estaban las instrucciones de uso, pero de eso no quedó registro. Por eso no sabemos con certeza cómo operaba esta máquina hecha de cristal y hierro forjado al estilo *art déco*, frase que dicha en los tiempos del acrílico y del plástico chino suena a chiste. En todo caso: de alguna manera subía la naranja para ser cortada en dos mitades, volverse jugo y salir por, todo parece indicar, las válvulas laterales identificadas con el 19. En el amanecer de la revolución industrial las máquinas fueron bellas, pero el atardecer mercantilista y utilitario las acabó.

Archivo fotográfico de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín. Benjamín de la Calle. Sin fecha.

Convocatoria abierta hasta el viernes 28 de junio de 2019



P R E M I O S
nacionales de cultura
Universidad de Antioquia
2019

17º Premio Nacional
Universidad de Antioquia
a las Artes y las Letras

37º Premio Nacional
de Literatura
modalidad **Novela**

14º Premio Nacional
de **Comunicaciones**
modalidad **Radio**

12º Premio Nacional
de **Artes Escénicas**
modalidad **Teatro**



Postúlese ingresando a www.udea.edu.co/premiosnacionalesdecultura

Mayores informes: premioscultura@udea.edu.co | Tel: 2195177-2195175 |    @UdeAcultura



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**



La cultura
es de todos

Mincultura

Evento apoyado por el **Ministerio de Cultura**
Programa Nacional de Concertación Cultural

Helí Ramírez (Ebéjico 1948-Medellín 2019) escribió sobre una cotidianidad que se impone, que marca por sus golpes y su oscuridad más que por la paciencia de sus recorridos y sus tedios. Pasó buena parte de su vida en Castilla y convirtió las grescas, los picaos, los atracos, la vista alucinada y fiera desde lo alto en un canto sin condescendencia. Hace treinta años

Víctor Gaviria reseñaba sus poemas como un descubrimiento: “los suburbios de Castilla, Manrique, Alfonso López, con esa masa oscura de atracadores y galladas, eran para nosotros lo inhumano, la negación... Aún hoy, esos barrios son para nuestra imaginación manchas borrosas, lugares presentidamente inexistentes”. Dos homenajes desde *Universo Centro*.

A cuantas tengo huyo de la realidad

por LUCKAS PERRO

Ilustración por el autor

Por alguien de UC me llegó el rumor, Helí Ramírez había muerto. Me amarré a la esperanza de que era una noticia sin confirmar, pero en pocas horas empezaron las publicaciones: había fallecido una semana atrás. Lo hizo a su manera: sin shows, sin escándalos, “sin metidos abriendo la boca”, diría él o uno de sus poemas. Al instante di la noticia a César Tapias. Por un momento olvidé nuestras rencillas de antiguos grandes amigos y recordé que hace ya casi veinte años nos juntamos para hacerle un documental. Queríamos hacer un retrato del poeta signado por su geografía, y buscar en las calles de Castilla todos aquellos objetos y paisajes que se habían convertido en el cancionero punk que era *En la parte alta abajo*. Y claro que nos llamaban la atención, como a muchos, aquellas prosas etnográficas de sus amigos de gallada, que violaron, fracasaron o dejaron de soñar, pero a mí en particular me sorprendían más los poemas en que hablaba de él, de la batalla que libraba entre sus emociones y pensamientos, y ahí no había ningún Mutantex, ni Pestes, que lo siguiera. Era un ruido, hierático y moderno a la vez, de hierros oxidados, asfalto y cables, que aún hoy transita las calles del norte de la ciudad. Luego de intercambiar wasaps con Tapias con poemas de Helí en nuestras voces, de fumar y beber en soledad algo en su nombre, saqué de uno de mis cajones la carpeta del proyecto. Releí notas de trabajo, manuscritos y el guión escrito por Tapias, que son unas cuarenta páginas y que está lleno de acotaciones de cámara y montaje que hoy no suelen hacerse. Queríamos que dos cámaras lo siguieran y que él, como era él, se negara a las preguntas y que fuera su tránsito y las puestas en escena que hacíamos de sus poemas lo que nos ayudara a comprender quién era aquel sujeto. También encontré en una hoja una pequeña bio-biografía de Helí escrita con su puño y letra y que nos entregó algún mediodía en un café frente a Policlínica, no muy lejos de donde trabajaba en esa época. Aquel día discutimos sobre su participación en el proyecto. Realmente no le interesaba ser conocido y mucho menos pararse ante cámaras. El único argumento que le valió para montarse en esta aventura fue que Tapias era de arriba del Doce, y yo, del otro lado arriba, de Andalucía y el Popular. Pero hubo un pacto. Él no daría cara, y fue entonces cuando le propusimos que saldría en la película con una máscara. O que no saldría sino su máscara, y que mi padre, que tiene casi su misma edad, lo interpretaría. Pero la máscara la haríamos con él.

Durante semanas volví sobre los poemas de Helí. Debo insistir en que fue sobre todo a aquellos más biográficos y punks que hay en *En la parte alta abajo*, los que me permitieron hacerme una idea de ese rostro que debía ocultar. Hice más de una decena de bocetos, acompañados de los versos que me inspiraban los trazos que intentaba de su rostro. Quería de entrada que la máscara tuviera algo primitivo, pues esa era la sensación que siempre me acompañó en sus letras. Los bocetos no eran entonces versiones distintas, eran variaciones sobre un concepto que perseguía, cómo cables, clavos y alambres cercenaban su mente, su mirada, su boca. Sobre alguno de los bocetos finales escribí: “No sé si sea horror lo que hay en este rostro, o rabia que se hace guerra interior, monstruosidad”.

Al ver la propuesta, Helí aceptó de inmediato. En casa del fotógrafo Camilo Moreno, nuestro mentor literario, nos encontramos, charlamos y dimos paso a la tarea. Hasta donde el humo y la memoria me permiten recordar, fue Helí quien se quedó con la máscara. Yo me quedé con el recuerdo de mis manos

pasando por su rostro, sus arrugas, su labio fracturado, sus fosas nasales anchas, la fragilidad de aquel monstruo de las letras.

Los años siguientes tuve la oportunidad de irme encontrando con él por ahí en la calle. Me dio su teléfono y seguimos conversando cada tanto. En octubre de 2017, mientras andaba por laberintos en pendiente de la Comuna 13, recibí una llamada de alguien que quería arrendarme un cuarto en el apartamento de la tía Lucrecia. Era Helí, que había leído mi cuento en UC y en tono ceremonioso me exhortaba a continuar escribiendo. Decía que se sentía orgulloso de que gente de los barrios populares lograra ser reconocida en las artes. Yo sonreía como un buen hijo ante su padre. Meses después logramos concretar un encuentro. En un café del Centro él se tomó unas aromáticas y yo unos cuantos aguardientes. Pasamos revista de lo acontecido y me habló de sus nuevos proyectos, de la tranquilidad con la que ahora gozaba su vida, de algunos exámenes médicos que había tenido que hacerse. Pasadas unas semanas recibí un wasap de Helí preguntándome por el embarazo de mi compañera.

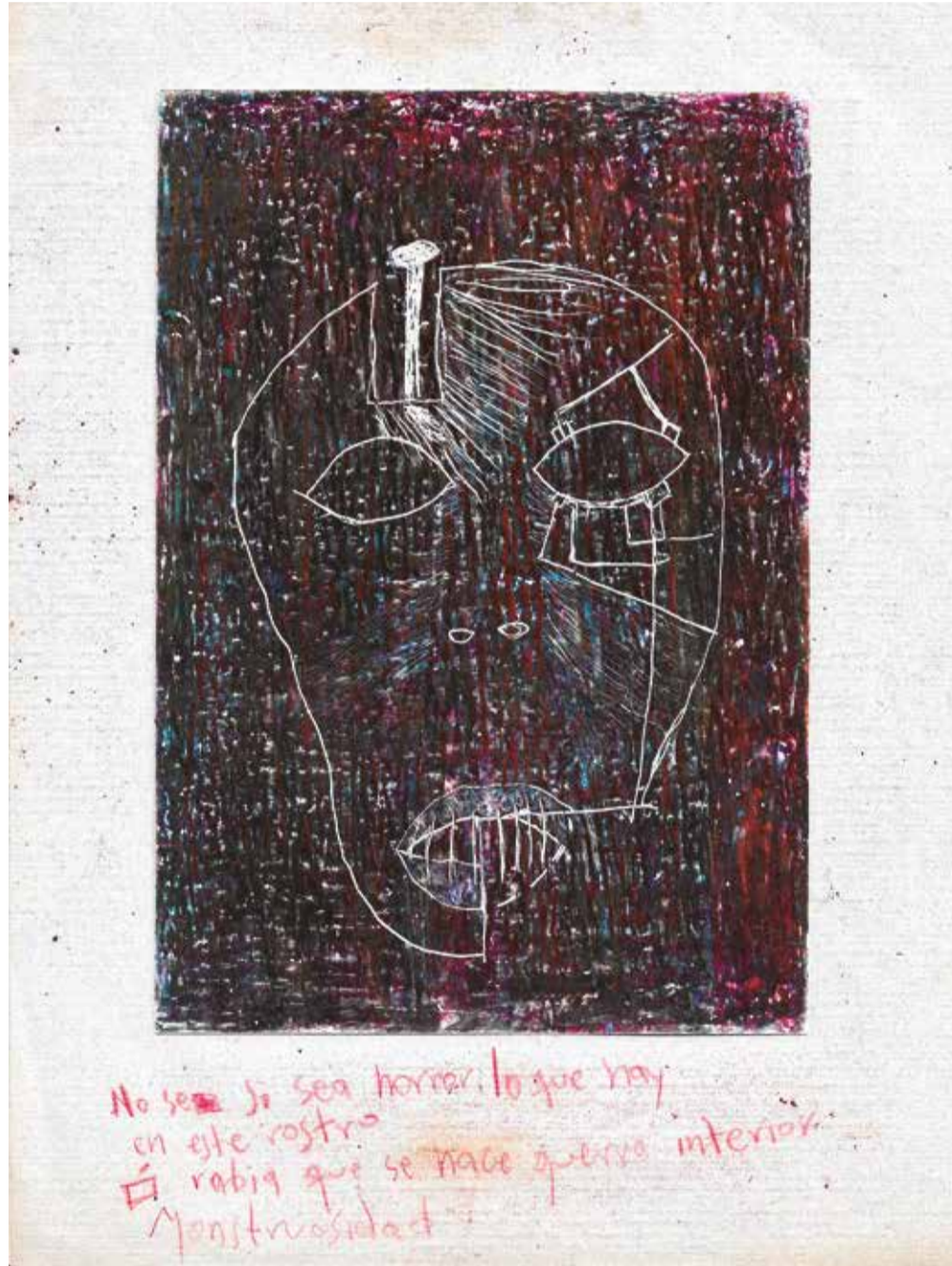
—¿Cómo va tu heredero?

—¡Ay Helí! Está más gigante esa barriga y dando unas patadas increíbles.

—Ese poema es hermoso.

Esas son las últimas palabras que me quedaron de él. La noche en que me enteré de su muerte, no dejaron de resonar en mi cabeza como un enigma o una azora del destino. El documental nunca se realizó. En medio de la batalla por financiación empezamos a rodar algunas imágenes y justo en la 98 con 69 nos robaron la cámara. Luego el tiempo y la vida nos llevaron por otros caminos y Tapias y yo terminamos peleados. Solo me quedan los bocetos de las máscaras como la fina descripción de la fachada de un lugar al que no pude acceder, la necesidad de que Helí hubiera podido jugar con nosotros a no-responder aquellas preguntas y los poemas que acompañaron aquella búsqueda.

“La ternura resbala por los hilos del odio No dejan mirar su cara Y vista no muestra nada. ...Y de nuestros rostros no esperen gestos amables pues si algún sueño coronamos es a la fuerza”.



A mis padres, Olga Castrillón y Ramiro Herrera

La última vez que lo vi tal vez iba camino a casa con uno de sus hijos. Ya lo había encontrado cuatro veces por el mismo sendero, en las antiguas mangas de Niquía, al lado de su compañera, como una aparición fantasmagórica, repentina. En direcciones contrarias, él venía, yo iba. Ese día que me lo topé, a finales de noviembre del año pasado, llevaba en mi bolso su novela *La noche de su desvelo*, publicada en 1987. Al notar su presencia a lo lejos saqué el libro, y cuando lo tuve en frente, en plena calle, donde reina el azar, lo encaré. Solo acaté a mostrarle la portada. Su hijo esbozó una sonrisa que jamás olvidaré, mientras él, serio, rumiante, me escrutó de abajo arriba. Su respuesta, entre saludo y despedida, mezcla de agradecimiento y desinterés, fue extender la mano para estrechar la mía y decirme: “Hombre, muchas gracias, hasta luego”.

Cruce de destinos, nada más. No hubo más gestos ni palabras. Cada quien en su marcha. A medida que nos alejábamos, viajé a 2014 para recordar la primera vez que lo leí. Fue en los pasillos de la Universidad de Antioquia, semanas antes de escucharlo en persona al pie del cerro El Picacho. Ese día también “eran las tres de la tarde, las tres”, cuando Jair Trujillo, un amigo, sin mediar presentaciones me entregó unos papeles ajados, fotocopias de algunos poemas de *En la parte alta abajo*, escritos por un tal Helí, entre los que estaba cual conjuro el poema XXXIII: “Cruce de destinos cara a cara codo a codo [...] Sinceridad sacrificada de un destino por otro destino / y no pasa de ser / cruce de destinos [...] Un destino es un destino y otro destino es otro destino”. Cruce de destinos en los barrios, las comunas, el Centro, las cuadras, las esquinas, las canchas, las tiendas, los bares y las bibliotecas; destinos cruzados en la escritura y en la lectura como prácticas de lo cotidiano.

Yo tenía veinte años, vivía en Tricentenario y era un estudiante de Historia entregado a la literatura. Entonces, claro, empecé por ir hacia sus libros, sin faltar ninguno, ya fuera en bibliotecas o en la web, desde *La ausencia del descanso* hasta *Desde el otro lado del canto*, a la vez que me preguntaba qué se había dicho sobre Helí Ramírez, sobre su obra y su personalidad. Volcado en esa dirección, espontáneamente, por instinto, indagaba publicaciones que giraran en torno a sus trabajos: reseñas, opiniones, ensayos, entrevistas, videos, discursos en eventos públicos, revistas de poesía, recortes de prensa, artículos de revistas académicas, tesis de pregrado y de posgrado, fanzines, cortometrajes, fotografías, pinturas, dibujos, canciones de rock y salsa.

Días después supe que Helí estaría en el II Festival de Poesía Comuna 6, invitado por el colectivo Citibundas, en el Parque Biblioteca Doce de Octubre Gabriel García Márquez, a una conversación sobre arte, poesía y barrio. Hasta allí subí con Jair y con Andrea Lara, total general, entonados. Fuimos testigos de un encuentro entre vecinos y amigos que marcó la apertura de nuevos proyectos, entre ellos la publicación en camino de *Crónicas de mi barrio*, libro de Jhon Muñoz, pionero en la investigación sociológica en torno a los barrios populares. Ese sábado 8 de noviembre de 2014, Helí reforzó sus lazos de amistad con Jhon y se reunió de nuevo con Juan Cano, docente de la Universidad Autónoma Latinoamericana, y con el maestro Freddy Serna, en un diálogo que moderó el historiador y urbanista Hamilton Suárez.

Breve, conciso, sincero, Helí retomó un tema que se convirtió en una constante cuando asistió a este tipo de actividades: pensar en nosotros mismos, en los jóvenes de ayer y de hoy, en el futuro de los barrios. “Una de las cosas maravillosas que me parece a mí es estar con habitantes de la comuna como son ustedes: interesados, inquietos por la cultura, por la educación. [...] Hoy miro acá jóvenes, hombres y mujeres, que algunos tienen las veinticuatro horas para estudiar, otros hacen el esfuerzo y estudian y trabajan, y eso es indicativo de que hay una nueva juventud

Castilla alta abajo

por DAVID HERRERA

Fotografía: Juan Salazar

en la comuna nororiental, en la comuna noroccidental, en la comuna suroccidental o suroriental, es decir, la juventud de los barrios populares, hoy en día hay unos gérmens que son diferentes y que son los que están planteando una nueva visión desde el arte, desde la cultura, desde cada una de las profesiones”.

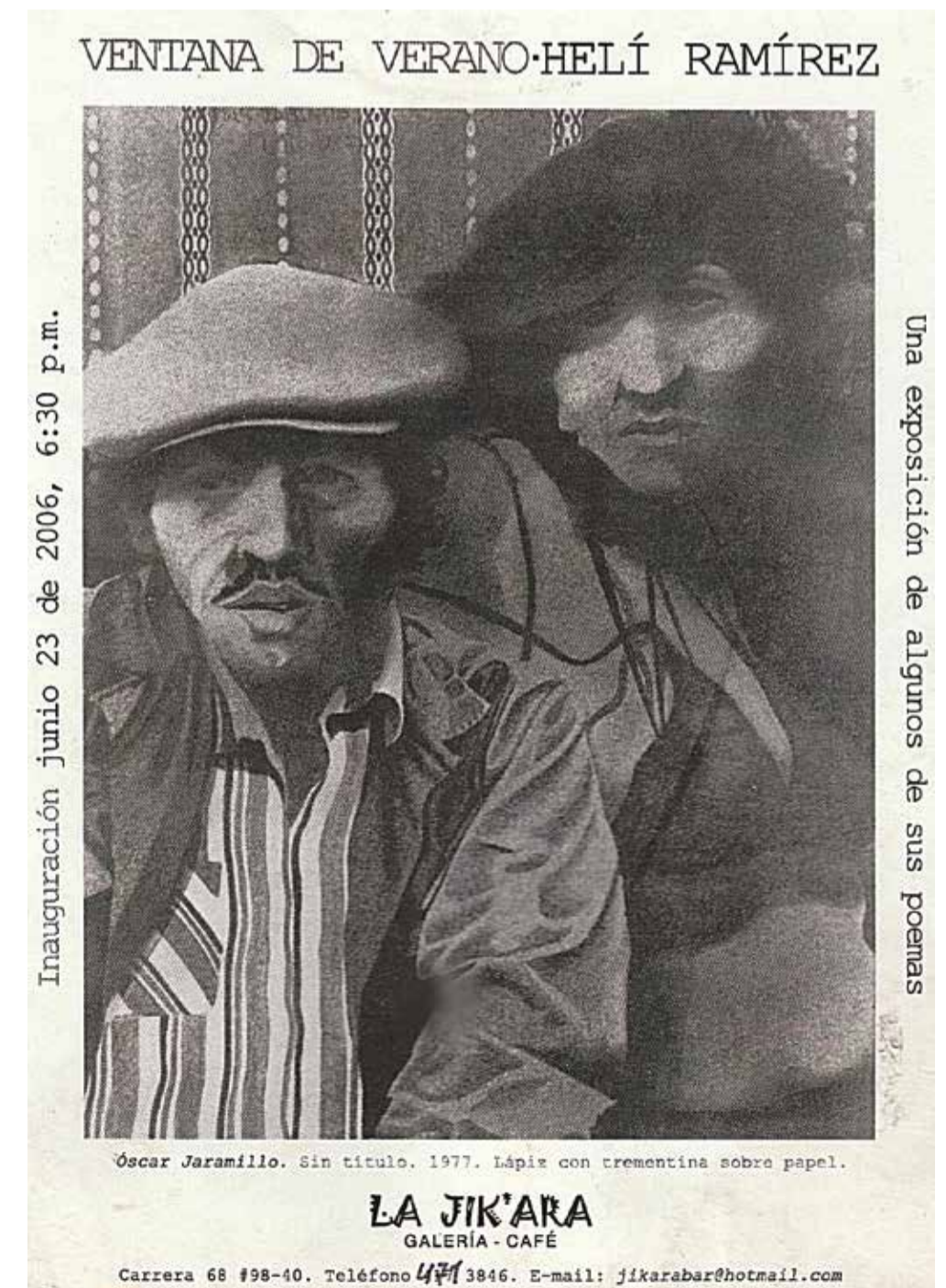
Hay quienes consideran que fuera de Medellín, la poesía de Helí no es reconocida. Pero quien se lance a escarbar diversos materiales hallará pistas que dan cuenta de la recepción que han tenido sus libros en lectores probados, que desde la década del setenta lo valoraron como un gran poeta del barrio Castilla, un poeta extraño. Eso hizo Gustavo Álvarez Gardeazábal cuando apuntó, en un artículo publicado en *El Colombiano* el 20 de agosto de 1978, que “un poeta de esa clase, capaz de enredarse en los mejores momentos metafóricos y en la más clara y brillante explotación del lenguaje de su barriada, del lenguaje deformado que la juventud ha ido manejando y el camaján ha estado puliendo en sus bohémias marigueneras, es aquí y en cualquier parte un gran poeta”.

El 28 de octubre de 1979, en el mismo periódico, Gardeazábal ratificó el alcance de los poemas de Helí

en otras ciudades, esta vez refiriéndose a *En la parte alta abajo*, publicado ese año: “Tal vez con este libro estemos en presencia del poeta que no teníamos, del nuevo bardo de la tierra, del representante neto de ese lenguaje, ese mundo y esa realidad que elitistamente la literatura colombiana había mantenido marginada”.

El nadaísta Jotamarío Arbeláez, en su artículo “El solitario de la montaña”, publicado en *El Tiempo* en octubre de 1997, constató una vez más que la poesía de Helí, monstruo de la poesía paisa, estaba llegando poco a poco a distintos territorios, con la fuerza de una “poesía suburbana, de invasión, callejera, sin pavimentar, de hálito ronco y sin agujeros, frentera, cuchillera, irrespetuosa con la misma palabra que la construye. Con ternura de dispensario. Era una vía sin salida, más atrevida que nuestro ‘camino que no conduce a ninguna parte’. Me puse de parte de este atorante verbiglio”.

Criado en los márgenes de una Medellín letal, en su caleta, solo, con su familia, con sus amigos; tomaba cerveza al clima, gozaba del aroma de las flores de verde rubio y escribía para retocar su locura, sus cortinas corridas, en las alegrías, las tristezas y las rabias.



A Helí le bastó la escritura como el arte de repetirse a sí mismo y a los suyos, y con ella, más que promocionar cualidades, difuminó un sinnúmero de defectos, vicios y flaquezas; en los abismos interiores de ese recóndito silencio engendró una poética de lo inexpresado, una estética de lo no escrito y lo no expuesto. De pensamiento irreverente, rebelde, revolucionario, volado, sin control, más indomable que el punk, gambeteó clichés, evitó pérdicas, concibió la educación como un camino digno para salir de la pobreza y se dirigió de lleno a los jóvenes cada vez que fue convocado a discursar en público.

“Hace tres días estuve en una especie de conversatorio en Eafit —contó en noviembre de 2013, durante el II Festival de Cine de Castilla—. Nunca esperé que me invitaran a ese lugar. Y aproveché la oportunidad para hablar del talento que hay en los barrios populares. Y dije que el talento no era solamente Helí Ramírez, Fredy Serna, etcétera, etcétera. Sino que Castilla había producido y produce médicos, ingenieros, sociólogos, músicos, profesores de secundaria, universitarios. La educación es el camino por el cual los jóvenes de los barrios populares podríamos ir labrando un futuro, no solamente individual, sino colectivo”.

Desde finales de los años noventa, esa nueva juventud de profesionales del barrio, que él tanto admiró, le tendió una serie de emboscadas para intentar atraparlo y expandir la realidad de sus palabras entre los callejones y los adobes de las empanadas barriadas en el reverso de la ciudad. La idea de los miembros de *Común...@*, medio informativo cultural de la zona noroccidental de Medellín, era entrevistarlos y lo lograron. El estudiante de filosofía Edgar Arias presentó a Helí como habitante del barrio, autor de lecturas infaltables y exponente de la cultura de los de abajo, “en las comunas de Medellín el arriba es abajo y no existe forma más simple de describir una

anomalía que pone en tela de juicio las leyes de la lógica de la naturaleza”, escribió Arias.

Juan Salazar, maestro en artes plásticas, tomó con su cámara analógica un conjunto de imágenes de Helí en esa entrevista, entre ellas una en la aparece en primer plano empuñando una malla, y detrás, al fondo, un rostro desenfocado, una camisa a rayas blancas y negras, oculto sol. Aquel día habló con generosidad, intercambiaron historias del barrio como la apertura educativa de la mano de los colegios piratas, el surgimiento de la gaminería en el Centro, las películas mexicanas y de pistoleros y *gansters*, el valor de la poesía y las bibliotecas, los recitales de los nadaístas en la plazuela San Ignacio en los sesenta y los primeros poemas que Helí publicó desde 1974 en la revista *Acuarimántima*.

Hélmer Cañaverl, hoy magister en educación, asoció a Helí en un horizonte vital compartido con otras personas de su entorno más directo. Esto escribió en el primer número de *Común...@*, “cualquier producción cultural, por muy individual que parezca, tiene un componente social. En esa medida, Alfázar, Helí Ramírez, Luis Eduardo Arango, Janeth Cartagena, Las Camanduleras, René Higueta, Miguel Restrepo, una buena gente que hace algunos años se ganó el premio “Escriba la historia de su barrio” y profesionales de varias áreas académicas, también son frutos de lo que cotidianamente se construye en estos espacios comunes”. ¿Y qué más común que un lenguaje que late en un territorio desnudo y que con medios muy escasos se arroja a sí mismo visibilidad, el poder de la enunciación, a través de una poesía que brota de lo cotidiano?

Gracias a la organización de exposiciones de arte y a la programación de conciertos, los bares se insertaron como espacios de encuentro en la evolución del barrio. “Las casas de la cultura han sido realmente los bares. Los bares son las casas

de la cultura donde está el bohemio, el poeta, el artista”, me dijo hace poco Felipe Laverde, músico, amigo de Helí, cuyo padre, Argiro Laverde, fue compañero de estudio del escritor.

Un ejemplo fue *Ventana de verano: Helí Ramírez. Una exposición de algunos de sus poemas*, acontecimiento que marcó la historia cultural del barrio Castilla, llevado a cabo en 2006 en La Jkara Galería Café, bar que perteneció a Héctor Echeverría, narrador oral, fallecido ese mismo año. La exposición consistió en una selección de poemas, imágenes de portadas de los libros, pintura, dibujo, fotografía, y algo excepcional, un video documental del Chiqui Arredondo y Marta Hincapié, *Medellín. Movimientos. 1960-1995*, en el que Helí apuntaló su consabida posición: “Yo de por aquí, era imposible ponerme a escribir sobre alfombras mágicas, corceles, princesas; no, yo tenía que escribir sobre mis muros oscuros, mis callejones sin pavimentar, el odio, la alegría, la tristeza de la gente que me rodea, de mí mismo, de mi familia”.

El 23 de junio de 2006 múltiples celebridades de la ciudad letrada confluyeron allí para juntarse alrededor de la poesía de Helí, en un evento planeado por la cofradía de los “tres malditos”, Enrique Betancur, Juan Cano y Fredy Serna; y que el periodista John Amariles refirió en una de sus columnas en el periódico *El Mundo*. Para Juvenal Gutiérrez, artista de la zona, esa exposición “fue como una reunión de muchos personajes en el barrio alrededor de una gran obra, alrededor de un gran personaje; fue inolvidable para todos porque hubo una convocatoria increíble y eso cayó hasta el perro y el gato. Fue una integración maravillosa, se sentía la vida de la cultura, se sentía vivo el ambiente, una belleza”.

Pero el barrio no fue a ellos, sino que ellos llegaron hasta allá. Óscar Jaramillo, Víctor Gaviña, Beatriz Mesa Mejía, Luis Fernando González Escobar, Luis Fernando Macías, Juan José Hoyos, entre otros artistas, docentes universitarios e investigadores, se dirigieron hacia el corazón de Castilla, al caer la tarde, en la madurez de la noche, en tiempos de seguridad democrática. Esa noche, en la inauguración, doña Aura Vásquez, reina de acera, vestida como de costumbre con su delantal blanco, surtido de frituras a todos los asistentes, que tuvieron el placer de degustar esas empanadas crocantes, doradas golosinas de sal que todavía vende en la esquina de la iglesia San Judas, en la carrera 68 con calle 98, y que Helí no pasó por alto: “Él venía, y me preguntaba cómo se hacía, qué le echaba, cómo se me hizo pa prender el bombillito, pues, de yo poner esto acá, yo con mis hijos tan pequeños”.

A los que vivimos en esta ciudad de amores y desencantos, Helí nos instó a advertir el paisaje que nos rodea y a adentrarnos en esas cartografías y devenires que trazó con originalidad en sus relatos, rebosantes de imaginación y realidad, entre sueños e insomnios. Sus textos son la manifestación de un imaginario urbano singular, alcanzado en un estilo de escritura ligado a una forma de vivir y ver el mundo, un lenguaje cambiado para que las “fuerzas del orden” no les cortaran la lengua; narraciones que como hecho literario amplifican la comprensión de una época vista desde los barrios de las laderas, tanto en lo agradable como en lo desagradable, con una luz de acá que se hizo de la oscuridad de aquí.

El hombre continúa vivo en la ciudad, habita en el amor de sus familiares, en la memoria de sus vecinos y de sus parceros de andanzas. Generaciones por venir se toparán con sus libros. Lo leerán en toda Antioquia, de la a la z, desde Abejorral hasta Zaragoza, de vuelta por Ebéjico. “Mi discurso no ha de llevar pasos de censura / a los jóvenes de ese siglo. / Mi discurso no ha de alabar la ley que se inventan / unos humanos para dominar a otros”. Su discurso seguirá visibilizando lo que era invisible, invisible no porque no se pudiera ver sino porque no existía el lenguaje para traducirlo; no porque no se viera sino porque no se quería mirar: el chisme, los revoliones, los bonches, las batidas, la pachanga, el erotismo, lo trágico; el rebusque, la inconformidad, el silencio; la Colina, Pedregal, Guayaco, Palacé; la gallada, Milín, el Zarco, el Tuzo, el Gago, el Vizco; el que arregla sombrillas dañadas y ollas a presión; el de los dedos hinchados de tanto camellar.

Porque el futuro es de nosotros, los de la parte alta abajo. ©



COCINA TRADICIONAL, SALUDABLE Y CONSCIENTE
Carrera 42 # 54-62
Medellín, Colombia
Tel: (+574) 479 87 45
f @EITunelCyC
eltunelcyc@gmail.com
www.eltunelbistro.com.co



PIZZERIA
CENTRO
Martes a sábado de 4:30 a 11:00 p.m.
Calle 57 (Argentina) # 41-57
Reservas: 254 45 10

Nuestra comida es un acto de amor y sanación. Es un momento de conexión con el otro, por medio del cual tenemos la posibilidad de recordar que la vida, con toda su magia y creatividad es INFINITA

Carrera 64C # 48-188
Suramericana 5 local 101
Teléfono: 2302522



Restaurante
EL ÁRBOL DE LA VIDA
Comida Natural



EXLIBRIS café libros repostería
Le solucionamos todos sus problemas navideños
Calle 53 # 64A-27 Barrio Carlos E Restrepo
Tel. 2301836 • Lunes a sábado de 9 a 9
SOLO LO MEJOR
Libros
Postres
Almuerzos
Café
Compañía



NOS PREPARAMOS PARA EL MERCADO de arte y cultura

Esta es la oportunidad para que artistas y gestores culturales expandan sus ideas, dejen memoria en sus comunidades y lleguen a conquistar escenarios internacionales.

La cita es del 25 al 28 de abril en el Jardín Botánico Joaquín Antonio Uribe

Organiza:





www.expocultura.com.co

Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura
Designado Ciudad Creativa de la UNESCO en 2015
Alcaldía de Medellín Cuenta con vos

“Las melodías oídas son dulces, pero las no oídas son aún más dulces”, dijo un poeta que no llegó a los 26 años. Cada edad tiene su sabiduría, de modo que no deberíamos ofendernos por la ligereza de aparear un verbo casi indiferente con el álgebra de una melodía: detenerse no era la misión de un muchacho que tal vez sospechaba que en su vida no habría tiempo para relecturas.

En cambio, pareciera que la misión de casi cualquier persona que ha sobrepasado la edad de Cristo fuera la de anclar sus afectos a las mismas canciones, como si en verdad pudieran sentir de memoria. Me cuesta descubrir la sabiduría de esa actitud. A veces, en mi trabajo, cuando alguien se me acerca y me pide que cante, digamos, *Lamento boliviano*, miento sin ningún rubor: “No me la sé”. Pese a mis labios compungidos, no logro seducir la incredulidad de algunas personas que saben que es imposible terciarse un leño con cuerdas y no conocer esa canción. O “*El pobre*, de Estados Alterados”, o “*Losing my religion*, de Radiohead”, o “*Come as you are*, de Metallica”.

Y como la mujer de Lot, quienes me piden esas canciones también eternizan el mismo ademán, la misma exclamación, cada vez que suenan las notas que llevan escuchando veinte años. “Oiga qué belleza”, exclama una señora en la tienda del vecino todos los días a las cinco de la tarde, cuando suena *Lejos de ti*, el tango de los que no escuchamos tango. Después de 48 fines de semana de cantar en bares y restaurantes, es posible que una misma canción atraviese una misma laringe más de cincuenta veces.

Anhelar melodías no oídas es un hambre emocional; repetir las escuchadas solo para rumiarse una rancia emoción es declarar que llevamos algo podrido adentro. Alguien le preguntó a un querido maestro mío si era posible vivir de la música. “Sí: por desgracia”, respondió mientras soltaba el humo. Algunas formas de esa desgracia son la enseñanza (“si hay algo que estorbe más que un discípulo, es un maestro”, dijo otro sabio), la composición de éxitos (y el fastidioso andamiaje que eso conlleva) y la interpretación de covers. Yo vivo la tercera, la más fácil de esas incomodidades. Una mirada compasiva podría tomarla como una forma de relectura; una despiadada, como simple parasitismo. Rebobinar las articulaciones y el aparato fonador una y otra vez con la misma canción se parece al hábito infantil de repetir el mismo juego, el mismo chiste, la misma película: seguramente es una forma efectiva del aprendizaje. Solo puede considerarse conocimiento lo que se nos adhiere al torrente sanguíneo.

Debe haber una nostalgia de lo sagrado en el acto hermenéutico: lo cierto es que el eterno retorno a las mismas canciones me ha llevado al encuentro con una especie de cábala de la chisga. Voy a glosar tres canciones del pentateuco de mi repertorio.

Epifanía para gargantas profundas

Debo haber tocado *Zoom*, de Soda Stereo, alrededor de cien veces. La epifanía sobre su posible significado me visitó en medio de un concierto en un bar. La palabra “toque” suele reemplazar “concierto” en la jerga de bares: la informalidad del entorno podría explicar ese enroque acoquejado. No me nos acomplejado, yo prefiero el término clásico. De modo que una noche, en un concierto, después de haber cantado esa letra por años, un espíritu de claridad



La cábala de la chisga

por ALEX JIMÉNEZ

Ilustración: Nani Gallego

descendió hasta la modesta tarima de un bar en Bello, acaso para compensar la mezquindad de toda la situación con un poco de iluminación divina.

Para muchos, las letras de Cerati carecen de valor. Pero si aceptamos con Vallejo que la eufonía es el gran objetivo de la literatura por encima incluso del sentido; si escuchamos a la poeta Edith Sitwell cuando dice que el poema viene primero y no es necesario que tenga un significado; si no objetamos a Borges cuando dice que algunos versos son objetos verbales anteriores al pensamiento y no necesitan interpretación, podemos decir entonces que tal vez los artefactos lingüísticos de Cerati no son indignos del nombre de poesía.

Si no me equivoco, *Zoom* podría leerse como una propuesta de felación. Voy a enumerar todo lo que, seguramente de manera retorcida, percibo como un apoyo a la historia que plantea la letra.

La canción está construida sobre la idea de una acción breve y reiterativa. En algún momento el narrador habla de un “loop protagonista”, después de haber hablado de un “zoom anatómico”. Más adelante habla de “labios de plata” y “comisuras”. Es pues, un primer plano entre dos partes de dos cuerpos, con un

movimiento repetitivo. Ese bucle indefinido de sexo oral encuentra un bucle indefinido en la rítmica y en motivos de teclados y guitarras. Ese bucle, como saben todos los que leyeron los créditos del álbum *Sueño Stereo* (o buscaron en Wikipedia), proviene de la canción *New York groove*, del grupo Hello, y de *This town ain't big enough for the both of us*, de Sparks. Armónicamente también hay una especie de *loop* en casi toda la canción: dos acordes con variaciones en los versos “el fin del secreto entre tus labios de plata y mi acero inolvidable” y “lo que seduce nunca suele estar donde se piensa”. La primera de esas frases revela el tipo de acercamiento que propone el personaje: el deslizamiento del acero en los labios encuentra muy conveniente el cromatismo que también se desliza suavemente hacia abajo; la segunda frase da cuenta del impulso instintivo que hay detrás del sexo: la oscuridad de lo que no se razona encuentra muy propicia la oscuridad del cromatismo. No puedo dejar de señalar que la coda de la canción tiene una armónica. Es tal vez el único tema de Soda Stereo en el que aparece ese instrumento que se lleva a la boca, que tiene unas dimensiones que oscilan entre

los diez y los treinta centímetros y que se toca soplando y aspirando.

Un músico me dijo alguna vez que rechazar las letras del reguetón y no las de Cerati era hipocresía. No estoy de acuerdo: eso sería creer que el arte equivale al tema. La vulgaridad está en el tratamiento, es lo que diferencia la espiritualidad de Melville de la de Paulo Coelho. El rechazo no es moral, sino estético.

Melancolía y café

Suelo tocar cinco canciones de Café Tacvba en los bares y restaurantes. Si hay fiesta y el público no está anquilosado en sus cuarenta años, *La ingrata* es la preferida. Pero sospecho que la verdadera comunión humana solo es posible en la melancolía, y puedo asegurar que ninguna de esas cinco canciones es capaz de resonar en las costillas de la audiencia como *Esa noche*.

Empieza con dos acordes en los versos “no me hubieras dejado esa noche / porque esa misma noche encontré un amor”. El acorde menor, que es la tónica, y su quinto grado. La frase anterior está llena de términos exactos, es decir, de vaguedades: supongo que puedo tratar de ayudar a quienes creen no conocerlas.

Cuando alguien pone sus dedos sobre las cuerdas de una guitarra está pulsando diferentes notas al mismo tiempo: está haciendo un acorde. Si es menor, se presta más para expresar tristeza. La tónica es el reposo de una composición: de donde partimos y a donde llegamos. El quinto grado suele tomarse como un elemento de tensión: una vez en él, el cuerpo anhela el descanso, la vuelta a la tónica. Estamos hablando de música occidental, la que consumimos casi siempre. La historia en la canción de Café Tacvba parece calzar en esos movimientos: casi siempre que estamos en la tónica menor, la acción parte del protagonista o llega a él; siempre que llegamos a la palabra “noche”, la terrible noche del abandono, estamos en el quinto grado, el de tensión. Esos versos han estado anunciándonos a una amante misteriosa que aún no ha actuado. Cuando ese tercer personaje al fin entra en escena es acompañado por un tercer acorde, también menor. Aparece en esta frase: “parecía [esa amante] que estaba esperando tu momento de partir”. Ese acorde nos ha hecho un guiño, casi un *spoiler*: la amante misteriosa es otro triste acorde menor, y no fue un verdadero consuelo. Sófocles es el maestro en la técnica de darnos falsas esperanzas justo antes de un hecho trágico: bajamos la guardia, y por eso el golpe final nos duele tanto. Algo así ocurre en esta canción. El narrador niega que el abandono haya sido devastador: por el contrario, “fue como ir de menor a mayor”. Justo en esa declaración pasamos de una armonía menor y triste a una mayor y luminosa. Esa esperanza dura poco, y cuando muere, la armonía vuelve al modo menor: finalmente nos han revelado que la amante es la soledad.

No ocurre pocas veces: el dueño del bar se me acerca y me susurra que toque música más alegre. Y que anime al público. Siempre que me pasa eso, siento que hay algún término que no cuadra en la ecuación. No estoy seguro de que mi trabajo consista en hacerme cargo de las emociones de la gente, o de enseñarles cómo deben divertirse. Ni siquiera creo que ese sea el trabajo de una profesora de preescolar. Así que si mi humor es irónico (y, por desgracia, casi nunca lo es) empiezo a tocar *Esa noche*. A veces el cielo me sonríe, y el bar canta al unísono. “Ustedes sí entienden lo que es la alegría”, les digo al final. De buenas intenciones está llena la mala poesía, dijo otro sabio.

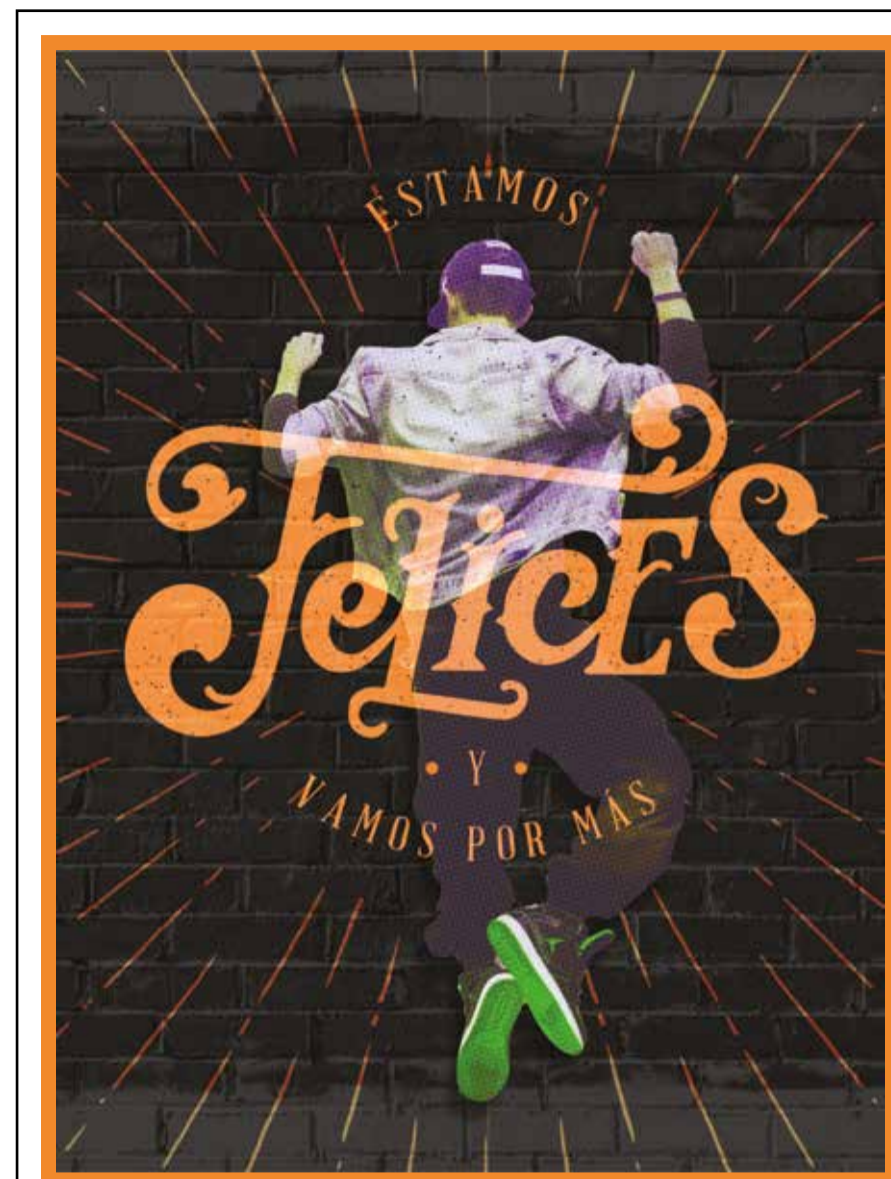
Tres hombres y un parto

Tres hombres y más de treinta años fueron necesarios para completar el parto de *Penélope*. La música es de Augusto Algueró, la letra es de Joan Manuel Serrat y la interpretación más fiel a la melancolía es de Diego Torres.

Serrat supo percibir las posibilidades de la riqueza armónica de Algueró: ubica en la cadencia de cada cambio armónico un momento o un personaje distinto de la historia. Las primeras dos estrofas, por ejemplo, tienen la misma cadencia menor y se centran en Penélope, el personaje que envejece esperando. Cuando la historia se mueve al hombre que vivió años de aventuras antes de volver (“dicen en el pueblo que un caminante paró su reloj...”), la armonía acompaña este cambio con una cadencia mayor. Cuando el personaje anuncia su regreso antes del cambio de estación (“antes que de los saucos caigan las hojas”), la armonía dibuja el cambio con una modulación. La escuela de Pitágoras tenía un corpus de opuestos, al igual que el yin y yang de China: lo femenino, la humedad, la noche, el mal; lo masculino, lo seco, el día, el bien. Prefiero la imagen de la filosofía oriental porque elude las suspicacias de nuestros días: habla de una especie de respiración, primero un yin y luego un yang, sin condenar nada. Esta canción parece usar muy bien esa respiración.

Los trebuchados arreglos en la versión de Serrat me esconden la canción. Encuentro más cristalina la versión de estudio de Diego Torres. Sobre eso, podríamos decir que hay canciones tan buenas que pueden componerse muchas veces: los covers de Johnny Cash bastarían como ejemplo. O podríamos inventar, para no abandonar las ideas cabalísticas, que cada persona es la materialización pasajera de un espíritu eterno que se divierte creando por etapas: Hucbaldo, en el siglo noveno, empezó a imaginar una notación musical que solo sería completada sesenta años después por Guido D'Arezzo.

Dos temores me inquietan al releer todo lo anterior: el de estar hilando muy delgado y el de estar rumiando lugares comunes. Sobre el primero, digamos que la lectura también puede ser un acto creativo; sobre el segundo, que en el siglo XXI respirar es ya un lugar común. ©



Sallena

WWW.SALLENA.COM

Karoty
PARAFERNALIA
PARA FUMADORES

Al lado del Centro comercial
Medellín, contiguo a la
Plaza Minorista
Calle 54 N°57 60 Local 197
Celular: 311 634 21 85

itaca

Gastronomía personalizada,
embutidos artesanales.

Somos itinerantes,
llegamos a tu casa.

(+57) 320 790 89 77
@restaurante.itaca



cinéfagos.net

cine colombiano, crítica de cine, comics, artes electrónicas,
artículos y ensayos, cuentos de cine, documentos

 /cinefagos.net

 @cinefagosnet

parque
explora

Los más bellos insultos
PERRA
La recordarás siempre

Ser perra es acceder a un lugar de tus afectos al que no llegará nadie.

“Los padres, los esposos, los hijos, los amantes, los amigos están muy bien. Pero no son perros”, escribió la novelista Elizabeth von Arnim. Llevan 40 mil años domesticados o, según como se mire, domesticándonos. Es nuestra sujeción a quien nos lo ofrece casi todo. Los humanos competían ferozmente en la batalla por comer y no ser comidos. Y, muy pronto, detectaron los atributos superiores de los caninos para cazar, para oler veinte veces más que nosotros, para oír y descifrar la lejanía o, en todo caso, para sobrevivir. Desde entonces, tenerlos cerca ha sido un perseguido privilegio. Una gran compañía para defendernos, para consolarnos, para jugar, para darnos lecciones de su vida sin ascos, para pastorear rebaños, para mover trineos y hasta para entrar con

menos miedo a la batalla. Pizarro llegó con 900. Allí están, entre las sombras de historias heroicas o domésticas, alegres o aterradoras. Muchas de ellas son historias de la ciencia. Ella les debe a estos hermosos animales desde medicamentos y vacunas hasta avances en la carrera espacial. Se nos filtra el recuerdo triste de Laika, el primer ser vivo que orbitó la Tierra en 1957 a bordo del Sputnik 2, en un viaje que terminó con la fatalidad de su muerte programada. Por cierto, también en el espacio, y entre dos perros brillantes de la constelación de Orión, pasa la Vía Láctea, nuestro hogar, **ese remolino de estrellas en el que vagamos distraídos, sin darnos cuenta de que, probablemente, somos oídos, somos mirados, somos heridos de amor para siempre, por la belleza irrepetible de una perra. ¿A quién vas a intentar insultar diciéndole perra? Es un elogio. Y, tal vez, no lo merezca.**



#SeriesExplora #BellosInsultos


Alcaldía de Medellín
Cuenta con vos

#encontremoshistorias

“No hay final.
No hay comienzo.
Solo existe la infinita
pasión por la
vida”

Federico Fellini
Director y guionista Italiano

Si eres **afiliado a Comfama** accede a
tarifas preferenciales en tus boletas de
Cinema Colombo Americano

Aplica todos los días

TA	\$1.500	TB	\$3.000	TC	\$6.000
-----------	---------	-----------	---------	-----------	---------

*El valor de la boleta dependerá del cinema



comfama

VIGILADO SuperSubsidio

Tarifas válidas para los afiliados a Comfama de acuerdo a su categoría salarial. Cada afiliado puede comprar una boleta con su documento de identidad. Indispensable presentar el documento original en las taquillas. Beneficio valido de lunes a domingo, excepto en muestras o festivales que el Colombo realice como parte de su programación especial. Cada afiliado puede comprar una boleta con su documento de identidad. Beneficio sujeto a disponibilidad. Este descuento no es acumulable con otras promociones, ni redimible en dinero. Aplican condiciones y restricciones. Para mayor información comunícate al 3607080.

*TA: Afiliados que devengan hasta \$1.656.322, TB: Afiliados que devengan entre \$1.656.323 hasta 3.312.464, TC: Afiliados que devengan más de \$3.312.465.